UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

CILA

Instituto de Investigación de Lingüística Aplicada -
Facultad de Letras y Ciencias Humanas

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN DE LENGUAS Y LINGÜÍSTICA "INÉS POZZI-ESCOT"

RD-04473-2003

Siete reflexiones en torno a la Filología

Gred Ibscher
Gary G. Parker
Andre Marcel D'Ans
Rodolfo Cerrón-Palomino
Antonio Cornejo Polar
Enrique Ballón Aguirre
Washington Delgado

Compilado por
Inés Pozzi-Escot

Serie de Estudios Lingüísticos N. º 2

1973

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
DIRECCION UNIVERSITARIA DE BIBLIOTECA Y PUBLICACIONES

SIETE REFLEXIONES EN TORNO A LA FILOLOGIA

Por Gred Ibscher
Gary J. Parker
André-Marcel d'Ans
Rodolfo Cerrón-Palomino
Antonio Cornejo Polar
Enrique Ballón Aguirre
Wáshingtoh Delgado

Compilado por Inés Pozzi-Escot

Serie Estudios Lingüísticos

No.2

1973

La Filología es una disciplina de historial largo sobre cuyo presente y futuro se plantean muchas dudas - tanto en cuanto a su quehacer mismo como en lo referente a su relación con la lingüística y la literatura. To memos por caso la siguiente afirmación que se lee en un libro reciente, Didáctica de la lengua española, de Ramón Esquer Torres: "...no olvidemos el hecho práctico - de que para muchos la filología comprende dos grandes ramas: la lingüística y la literatura..." (1). Sin embargo, en otro pasaje del mismo libro, el autor señala que la principal ciencia auxiliar de la lingüística "...será la Filología, por ser la que estudia los textos escritos, que a su vez estará auxiliada por la epigrafía, la paleografía, la historia literaria, la métrica, la crítica textual y valorativa..." (2), posición que no se aviene con la afirmación anterior de una filología que abarca a la lingüística y a la literatura.

Por su parte, J.L. Micó Buchón en su popular Curso de Teoría y Técnicas Literarias apunta que: "... en los primeros momentos la palabra 'filología' aún no significaba la ciencia de las lenguas, sino el amor y el estudio por la cultura intelectual" (3) y pasa a exponer el cuadro de las secciones de la filología que incluyen según él: a) estudios de la lengua en general (lingüística, lexicografía, semántica, etimología, gramática) ; b) estudios de la lengua como sonido (fonética, fonología, prosodia, ortología); c) estudios de la lengua como escritura (ortografía, paleografía); d) estudios de la lengua en su producción literaria (estilística, literatura, literatura preceptiva, historia de la literatura, literatura comparada, estética literaria); e) estu--

---

(1) Esquer Torres, Ramón. Didáctica de la Lengua Española. Ediciones Alcalá-Madrid, 1971 (p. 51)

(2) Idem (p. 52)

(3) Micó Buchón, J.L. Curso de Teoría y Técnicas Literarias, Barcelona, Editorial Casals, 1964 (pp. 148-149).

dios de la lengua, por relación (crítica tanto lingüística, textual, estilística como literaria; psicología , lingüística y sociología de la lengua). Después de leer a Micó Buchón, ¿cabe sorprenderse que haya confusión sobre el ámbito de la filología?

Con mucha cordura, Bertil Malmberg ha escrito: "La ciencia cuyo objeto es la interpretación del contenido de un texto -antiguo o moderno- y para la cual este contenido es lo esencial, se llama hoy día filología, palabra que en los países continentales de Europa es usada normalmente en sentido más restringido, como la ciencia de interpretar textos antiguos (incluyendo la paleografía que se ocupa más directamente de la lectura de textos, del estudio de la escritura, de abreviatura, palimpsestos, etc.). Así, en este sentido la filología se opone a la lingüística por el hecho de que el lingüista se interesa por el estudio de la lengua como tal (sus sonidos, formas, palabras, sistema y desarrollo), mientras que para el filólogo el análisis lingüístico que tiena que hacer para comprender el documento es sólo un medio necesario para llegar a su contenido. Por desgracia, como la lingüística arranca de la filología se ha usado también para el estudio del lenguaje en sí mismo y, en particular, para la lingüística histórica tradicional . Esta terminología ha sido de uso corriente en Gran Bretaña y, especialmente, expresiones tales como filología general y filología comparada han sido usadas para conceptos que según el uso continental pertenecen a la lingüística... Aquí, en este libro... con lingüística nos referiremos a cualquier clase de análisis y descripción del lenguaje que tenga a éste como objeto propio, y reservaremos "filología" para el estudio e interpretación de textos y otros documentos antiguos o modernos..." (4)

El problema fundamental es si filología, lingüística y literatura pueden ser consideradas como unidades

---

(4) Malmberg, Bertil. Lingüística Estructural y Comunicación Humana, Madrid, Editorial Gredos, 1969, pp. 17-18.

discretas o no. Ambrosio Rabanales, al comentar la obra de Don Ramón Menéndez Pidal, sostenía: "Es difícil deslindar dentro de la copiosa bibliografía de Menéndez Pidal (unos 450 títulos) lo específicamente filológico, porque el autor siempre entendió que la filología, la historia, la literatura y hasta el folklore, eran inseparables." (5) Si Don Ramón veía la inseparabilidad de filología y literatura, Angus McIntosh (6), entre otros, propone que se estreche la distancia entre los estudios lingüísticos y los literarios porque no lo hace feliz - la dicotomía implícita en los términos "lingüístico" y "literario".

Para explorar la posición de nuestros intelectuales respecto a la delimitación de estas disciplinas y la posición actual de la filología enviamos a un grupo representativo el siguiente cuestionario:

1. En el presente, ¿hay un método (o métodos) propio de la Filología?
2. En el presente, ¿hay un objeto de estudio específico y propio de la Filología?
3. ¿Qué deslinde hace Ud. entre literatura, filología y lingüística?

Nos es grato poner ahora a la consideración del público lector las siete respuestas recibidas, de extensión diversa, que constituyen un valiosos aporte al esclarecimiento del problema. Nuestro especial agradecimiento va a cada uno de los distinguidos profesores que tuvieron la gentileza de aceptar nuestra invitacion. Una

---

(5) Rabanales, Ambrosio. "La obra lingüística de don Ramón Menéndez Pidal", Separata del Boletín de Filología. Publicación del Instituto de Filología de la Universidad de Chile. Tomo XXI, Santiago, 1970 (p. 236).

(6) Véase su ensayo "Linguistics and English Studies" - (1959) en Patterns of Language, Papers in General , Descriptive and Applied Linguistics.
London, Longmans' Linguisticas Library, 1967, (pp. 42-45).

mención aparte merece nuestra colaboradora, Sra. María de Cerrón, por su invalorable ayuda en todo el proceso de gestación de este libro.

Lima, Febrero de 1973.

INES POZZI-ESCOT

C U E S T I O N A R I O

1. En el presente, ¿hay un método (o métodos) propio de la Filología?

2. En el presente, ¿hay un objeto de estudio específico y propio de la Filología?

3. ¿Qué deslinde hace Ud. entre literatura, filología y lingüística?

ENRIQUE BALLON AGUIRRE

1. No. Su indistinción respecto de la exégesis, no permite un deslinde claro entre esos términos. Por lo tanto, hoy día los métodos de la exégesis son prácticamente aquellos de la filología.

La filología con el instrumental metodológico indicado puede tener una vigencia importante. La carencia de las llamadas "ediciones filológicas" de textos en nuestro medio, replantea la necesidad perentoria de poner en práctica tales métodos filológico-exegéticos que alivien en algo los obsoletos criterios historicistas y esteticistas que norman el tratamiento de los textos.

2. Sabemos que el campo conceptual de la filología ha sufrido históricamente numerosas distensiones. Esto mismo ha hecho que el objeto de estudio de esta disciplina sea vago y confuso.

El trabajo con los textos en general, podría ser un objeto más o menos definido dentro de la vaguedad que conlleva. Este caso se emparentaría con la gramatología o"tratado de las letras, del alfabeto, de la escritura de la lectura", según Littré.

Pero hoy la gramatología está a punto de adquirir la categoría de disciplina formal particular, especialmente con los trabajos de Jacques Derrida, y de nada serviría adosarle la tradición filológica que la doblegaría inútilmente.

3. Existe cierta confusión entre filología y lin

güística cuando los ingleses y norteamericanos llaman "filología comparada" a lo que los franceses denominan "gramática comparada" y ésta constituye una parte de la lingüística (Cf. Pei, Mario, 1966: Glossary of Lingüistic Terminology ,p.199, Anchor Books,New York; Martinet, André, 1969: La Linguistique-Guide Alphabetique ,p. 203, Mediations, Paris); pero es el sentido histórico de la filología lo que la separa decididamente de la especulación lingüística. Lo mismo podría decirse respecto del concepto de filología en cuanto "ciencia de las antigüedades". Tales criterios son los mismos que la deslindan de la literatura como un "hacer". La cuestión es más difícil de precisar entre el último concepto de filología y lo que podríamos llamar "estudio de textos". Aquí los campos de significación de los términos no encuentran una definición clara; es más, ambos criterios se superponen indiscriminadamente.

Creo que es aquí donde la filología puede encontrar hoy su razón de ser.

RODOLFO CERRON-PALOMINO

1. Creemos que nunca hubo un método explícito propio de la disciplina conocida con el nombre de filología. No habiendo existido, que sepamos, ni siquiera un verdadero intento por señalar los postulados básicos en los que se sustenta, toda labor dentro de esta disciplina estuvo librada, fundamentalmente, a la intuición de sus practicantes; de allí que sea difícil ponerse de acuerdo de lo que es, concretamente, la filología. Cuando los filólogos han tratado de pronunciarse sobre ciertos hechos lingüísticos, generalmente han caído en apreciaciones puramente impresionísticas. Tal, por citar un caso, la interpretación vossleriana acerca de la evolución de algunos aspectos del antiguo francés.

2. En general nunca hubo una idea exacta y explícita acerca de los límites y alcances de la filología; de allí que, como consecuencia, tampoco hubiera un método explícito y riguroso para poder abordarla. Sin embargo, en la práctica, la filología parece suponer una labor de interpretación de los monumentos literarios de una determinada cultura (la grecolatina ocupa, ciertamente, un sitial de primer orden, por razones históricas), en el afán de reconstruir el mundo de una época pasada, tal como se trasluce en los textos. Semejante cometido implica el conocimiento de disciplinas tan variadas como la lingüística, la historia, la religión y la mitología, la arqueología, la música y hasta -ya lo decía Nietz

sche- la filosofía. Es natural entonces el carácter "humanístico" que sus devotos le atribuyen, aun cuando dicho adjetivo no hace sino contribuir con la vaguedad del término.

3. En realidad, antes de que se acuñara el vocablo lingüística (a fines del siglo pasado), el término filología comprendía también el quehacer lingüístico. Así, por ejemplo, la lingüística decimonónica, básicamente comparatista e historicista, todavía se conoce (sobre todo en los países europeos y, por extensión, en el mundo latinoamericano) con el nombre de filología comparada. Hecha esta aclaración, podemos intentar un deslinde que, al parecer, se da de facto entre la lingüística, la filología y la literatura.

3.1. La lingüística es la ciencia del lenguaje. Como tal, no solamente se ocupa de los rasgos universales de este aspecto de la conducta humana sino también de sus manifestaciones particulares en las diversas lenguas naturales, pudiendo éstas ser vivas o muertas. En este último caso, aún aceptando el carácter impreciso de la filología, creemos que ella puede ser una disciplina auxiliar valiosa para los efectos de los estudios lingüísticos. Hay que notar, sin embargo, que para la lingüística valen por igual inscripciones vulgares o simples listas de palabras que los mejores y más logrados versos de un Píndaro o un Virgilio. Es decir, para la lingüística lo estético es secundario cuando no marginal.

3.2. Por su parte, la filología busca la interpretación de la cultura de un pueblo a través de los textos escritos dejados por éste. Si en algo tiene que ver con la lingüística es únicamente para valerse de ella como un medio. La filología, como tal, implica la existencia de dichos testimonios, y, de entre éstos, aquellos que tienen cierta antigüedad. Según esto, no es posible ni concebible el trato con lenguas sin tradición escrita.

3.3. Si por literatura entendemos no sólo la creación sino también la teoría literaria, creemos que ésta, por su parte, estudia los textos literarios desde el punto de vista preferentemente estético. El conocimiento lingüístico en este sentido es ancillar. Por otro lado, mientras que la filología requiere de cierta tradición, la crítica literaria puede estudiar cualquier obra que tenga valor estético, aún cuando no exista tradición literaria escrita.

En fin, de las tres disciplinas, la lingüística es la única que goza de status científico y la filología es la que menos carácter de tal tiene.

ANTONIO CORNEJO POLAR

Permítaseme responder conjuntamente a las dos primeras preguntas y olvidar la tercera - que obligaría a repetir evidencias...o a escribir un tratado. Natu - ralmente, en todos los casos, responderé desde la pers pectiva de quien tiene a la literatura como objeto de ocupación y de preocupación. Desde esta perspectiva, y sólo desde ella, la filología es una disciplina que ga rantiza o pretende garantizar la recta lectura de un texto literario. Lectura y no interpretación. En otras palabras: la filología se agota en el nivel denotativo de un texto; la interpretación, en cambio, trepa (o se hunde) por las secuencias connotativas. Y como sucede que las connotaciones tienen como eslabón primero el plano de la denotación, la tarea filológica se convier te en base, pero base instrumental, de la interpreta - ción de textos (que a su vez, si se quiere, puede con- siderarse cimiento de una presumible ciencia de la li- teratura).

No creo que, como algunos piensan, la filolo- gía tenga que ver sólo con textos antiguos. Hay una fi lología dedicada a obras de nuestros días y en uno u otro caso es igualmente necesaria, aunque en el primero, tal vez, la urgencia sea más incisiva.

Tampoco creo que la filología tenga un método único; cada texto exige una lectura específica y para cumplir el objetivo ya enunciado (que es la buena lec-

tura de la denotación) la filología debe acudir a todos los materiales, instrumentos, conocimientos, métodos y técnicas a su alcance: desde la química, que permite descifrar un manuscrito deteriorado, hasta la historia de las ideas, que ayuda a fijar la acepción cultural de una palabra, pasando -natural, evidentemente- por la lingüística en todas sus ramas y secciones.

La filología tiene y no tiene un "objeto de estudio específico y propio". No lo tiene porque hasta una piedra (no digamos un texto) puede ser materia de muchos conocimientos distintos y no por eso cada ciencia habrá de considerarla como "objeto específico y propio". Sin embargo, si por tal se entiende "objeto visto desde determinada perspectiva", entonces la respuesta es positiva: la filología, como muchas otras disciplinas, se enfrenta al texto, pero se sitúa en un punto desde el cual lo único que ve, porque es lo único que le interesa, es su denotación.

ANDRE-MARCEL D'ANS

En su origen, la palabra griega "philólogos" significaba "aquel que ama hablar" en oposición al callado. A partir de Platón, sin embargo, se ve usar este término con un sentido más restringido: aquel que ama hablar de cosas cultas, particularmente sobre asuntos de filosofía o de ciencia. De conversador banal, el filólogo se veía de esta manera promovido a la condición de locuaz erudito.

A continuación, desde Aristóteles, la filología significó la pasión de la ciencia, el saber múltiple y variado, la cultura literaria y científica en general. Aquél fue su punto culminante. Desde entonces, su campo de acción no ha cesado de estrecharse a medida que las diferentes ciencias fueron reclamando el suyo.

Rápidamente, el campo de competencia de la filología se vio reducido al estudio y al conocimiento de la literatura. Esto se debió a la separación de las ciencias naturales poco atraídas en principio, por la locuacidad etimológica y característica de los filólogos.

Desde el tercer siglo antes de Cristo, en Alejandría, la filología se entendió como el estudio y el conocimiento de la literatura, pero sobre todo de la literatura del pasado: los eruditos se dedicaban a establecer los textos de la antigua poesía griega, particularmente los poemas de Homero.

Desde Grecia y Egipto, la filología se propagó a

Roma, Fue mantenida en reposo durante la Edad Media teo crática para recobrar todo su vigor en el Renacimiento, cuando devino sinónimo de "todo conocimiento relativo a la antigüedad clásica".

Debido a que la disputa entre los Antiguos y Modernos se tornó progresivamente en ventaja para estos últimos, la filología tuvo que renunciar a su orientación exclusiva hacia lo antiguo: paralelamente a la filología clásica aparecieron las filologías románica, germánica, etc. Todas, sin embargo, continuaban caracterizándose por centrar su interés sobre el aspecto literario, en oposición siempre más radical, a medida que se aproximaba la época moderna, a las ciencias llamadas "exactas".

Esta dicotomía maniática reposa sobre la convicción de la superioridad esencial de la actividad intelectual "creativa y desinteresada" (literaria) sobre el ejercicio de una inteligencia comprometida con la realidad inmediata, objetiva, material, (las ciencias).

Sin embargo, es interesante anotar que no toda la literatura cae en el campo filológico: las formas orales o exóticas son abandonadas, sin pesar, a los folkloristas y antropólogos y la mayor parte de la producción literaria moderna no es juzgada digna del interés filológico: periódicos, revistas, novelas policiales, populares, pornográficas, etc., así como todas las formas literarias formal o políticamente comprometidas en vías no clásicas, no son juzgadas "culturalmente apropiadas". Por el contrario, cualquier mediocridad escrita hace algunos siglos en una "lengua culta" y conservada por desgracia hasta nuestros días, tendrá derecho a la atención filológica.

El carácter metódico de la filología aparece, por tanto, esencialmente en la selección que hace del objeto de su estudio: la filología deviene, en nuestra época, en la ciencia, así como también la apología entusiasta de la Cultura con C mayúscula. El filólogo de obser

vancia estricta se enorgullece de cultivar un saber sin utilidad inmediata, el que se complace en difundir en un lenguaje pulido: ni el fondo ni la forma son accesibles al vulgo, éstos son, en esencia, aristocráticos, esotéricos, fundamentalmente orientados hacia una norma correctiva: la defensa del "bien decir" tiene como corolario la defensa de las "buenas ideas". En fin, la complicidad de la filología y de la teología es explícita en los estudios bíblicos.

Se concibe que tal manera de ver las cosas confiere a la filología (y muy frecuentemente también a quienes la practican), un carácter intolerante y agresivo cuando no es benignamente anticuado.

Uno de los aspectos más desagradables de la filología es el uso deshonesto que hace de sus "ciencias auxiliares": la lingüística, la historia, la sociología. Generalmente, el filólogo no hace uso sino de una variedad marginal de estas ciencias (esto es particularmente evidente en lingüística). Además, teniendo la convicción de haberlas como trascendido por el mero hecho de usarlas, la filología las engloba bondadosamente en sí misma, de manera que no aparecen más, al final de cuentas, sino como aspectos particulares, por no decir modestos, de esta gran ciencia de la intelectualidad que sería la filología.

Estas diferentes ciencias humanas (lingüística, historia, sociología) se han constituído sobre la base de hechos que no son sino accidentalmente literarios. Su objeto está claramente definido por criterios objetivos y experimentales, y no en función de apriorismos socio-culturales. Lo mismo puede decirse en lo que concierne al método: a pesar de divergencias de escuela o de óptica ideológica existe un sentimiento unánime de lo que son la lingüística, la historia o la sociología en tanto que ciencias modernas autónomas, completamente independientes de la filología.

¿Qué es lo que le queda a esta última? Un objeto limitado por orejeras socio-culturales y un método inexistente o mal definido, hecho de préstamos mal seleccionados o mal digeridos de las diferentes ciencias humanas.

Evidentemente, la literatura constituye objeto de estudio diferente, que no engloba, como ya lo hemos dicho, ni a la lingüística, ni a la historia,ni a la sociología. Ahora bien, siguiendo las huellas de otras ciencias humanas, cuando se liberaron del dominio del "buen saber" y del "bien decir", los estudios literarios modernos buscan liberarse de las garras de la filología, reincorporando entre sus preocupaciones a todas las formas de la creación literaria, (incluso las formas orales, exóticas, populares, marginales, etc.) y estableciendo una metodología formal para la cual no es dudoso que los filólogos, ya bastante agresivos respecto a la lingüística moderna, no manifestarán ninguna ternura.

En efecto, la aparición de una ciencia de la literatura, emparentada con las otras ciencias humanas modernas, daría un golpe muy duro a la concepción de la literatura como privilegio social o intelectual del "hombre honesto" y del "bello espíritu".

Finalmente, se plantea la pregunta: ¿tiene todavía la filología un lugar en el seno de la universidad moderna?

La respuesta es NO si la filología no es una ciencia, con un objeto y un método bien definidos, y no mantiene relaciones normales de colaboración con los otros dominios del saber; la respuesta es una vez más NO si la filología no es una <u>ciencia</u> sino una <u>actitud mental</u> intransigente, <u>pasadista</u>, conservadora, aristocrática, que selecciona soberanamente, a priori, los fragmentos de la realidad que quiere estudiar y los fragmentos de métodos que va a utilizar.

(Traducido del original en francés)

WASHINGTON DELGADO

1. Como en otras ciancias, los métodos de la filología han variado en los últimos años. No creo que se pueda hablar de un método propio de la filología.

2. El campo de la filología, desde su nacimiento, no ha sido bien definido. Lo mismo ha ocurrido con otras ciencias - la sociología y la antropología, por ejemplo - sin que esa indefinición atentara contra su desarrollo natural.

En el caso de la filología hubo un momento, a fines del siglo pasado, en que llegó a convertirse en la ciencia total de la cultura. En la actualidad, ante el avance sobre todo de la lingüística, la filología ha visto cada vez más recortado su campo de estudio.

3. Pienso que:

a) La literatura, como ciencia, es el estudio de las obras literarias.

b) La filología es la ciencia que estudia los textos escritos en general, no solamente lo literario.

c) La lingüística estudia el lenguaje oral y escrito.

La filología, por la extensión de su campo de estudio, ocupa un lugar intermedio entre la literatura y la lingüística. Ni abarca todas las posibilidades de la comunicación lingüística, ni se reduce al hecho estético manifestado en el lenguaje escrito. Pero al dedicarse al estudio de los textos, resulta una ciencia singular

cuyo campo futuro podría ser el cotejo e interpretación de textos de diversas disciplinas con el objeto de precisar el sentido y los alcances del desarrollo de la cultura.

GRED IBSCHER ROTH

1.0.0. Las preguntas, tal como fueron formuladas, en conjunto, carecen de lógica interna. No se concibe una ciencia que, sin método propio y sin objeto de estudio específico, merezca el nombre de tal. Ahora bien, al ponerse en tela de juicio el método propio de la filología y sus objetivos científicos exclusivos ¿no se habrá querido cuestionar más bien si a la filología cabe acordársele aún el rango de ciencia? En caso afirmativo, es posible plantear la tercera pregunta; si, empero, se le niega dicha calidad, no parece ya sensato hablar de un deslinde entre literatura, filología y lingüística.

1.1. La filología como ciencia tiene en su haber un espléndido pasado, durante el cual, sobre todo en el comienzo, corría pareja con la filosofía y compartía con ésta honores académicos. Había, además, una que otra disciplina limítrofe entre la filología y la filosofía, como por ejemplo la filosofía de la lengua. Con la filosofía tiene en común también el aumento progresivo de su volumen material.

Pero mientras que la filosofía, pese a muchos altibajos, ha conservado su prestigio a lo largo de los siglos de su evolución, la filología no ha podido conservar el suyo, viniendo a menos últimamente.

¿Puede - nos preguntamos - hacerse realmente caso omiso de una tradición científica cuyo origen se remonta a más de dos mil años por lo menos en suelo europeo, si fuera lícito descontar, en el presente

contexto, la obra de Panini? Es innegable que la filología, en el despliegue actual de la investigación tanto académica como extra-claustral, ya no posee el auge que aún era considerable a principios del siglo XIX. Es un hecho que obedece a múltiples razones, entre las cuales han de destacarse tres de mayor peso.

1.1.1 La filología, como acaba de mencionarse, iba adquiriendo a lo largo de su historia un vasto contingente de compromisos de investigación, a los que correspondía naturalmente un número aún mayor de métodos, hipótesis de trabajo y terminologías. El variado panorama un tanto confuso que ofrecía el terreno de la filología académica al iniciarse nuestro siglo - consecuencia de un crecimiento exuberante pero disparejo - requería, a todas luces, un reordenamiento del conjunto de sus asignaturas, una revisión crítica de las respectivas problemáticas y de los métodos puestos al servicio de éstas. Había, ciertamente, dentro del enorme acopio de quehaceres que se llamaban con mayor o menor derecho filológicos, planteamientos que devenían obsoletos y procedimientos anticuados, interesantes tan sólo para el historiador de la disciplina.

Lo obsoleto merecía ser desechado a favor de nuevos planteamientos muchas veces parciales pero, por lo mismo, más eficientes y concebidos de acuerdo con posibilidades técnicas más avanzadas.

Por otro lado, a propósito de las urgentes reformas universitarias, se hacía patente la necesidad de optar por esquemas más practicables y mejor articulados de la organización académica, urgencia que se manifestaba preferentemente en aquellas facultades o departamentos que ostentaban aún en sus nombres el recuerdo de la extensión e importancia pedagógicas por las que se había distinguido el ejercicio de la filología.

1.1.2. Para dar con la segunda razón que debe de haber intervenido en ese proceso de la lenta declina-

ción de la filología, es preciso reflexionar previamente acerca de la relación entre la meta y los resultados de cualquier investigación científica. Es perfectamente factible que éstos lleguen a producir un repentino cambio de eje de la meta misma de una investigación, transformándose de esta suerte toda una disciplina en una nueva dirección de mayor progreso. En las ciencias,y no solamente en éstas, se han visto tales casos.Por el contrario, en el terreno de la filología ha prevalecido-debido tal vez a su afinidad con la historia-cierto tenaz conservadorismo. De ahí,la multiplicidad de sus metas y las variedades orientaciones del estudio. La filología, tal como ha llegado a nuestra época,se parece a un vasto edificio del saber que sólo se muestra imponente en cuanto a su extensión,e.d., en el aspecto cuantitativo.

¿Acaso no sucede lo mismo en el terreno de la filosofía? También esta disciplina, debido a un largo recorrido durante el cual se han conservado hasta cierto punto las etapas de su desarrollo,ostenta hoy una suma de subdisciplinas, combinaciones entre la filosofía y otras ramas del saber humano, además de variadas corrientes del pensamiento que a todo lo largo de su historia fueron surgiendo paulatinamente (pasamos por alto la gama de filosofías populares y las tendencias seudo-científicas,entre ellas algunas verdaderamente iconoclastas), sin embargo, todas se acogen bajo el nombre tradicional de filosofía, sin que hayan podido mermar la imagen auténtica ni la meta suprema de la filosofía. En casi todas las ramas del auténtico quehacer filosófico discernimos, ciertamente, un conocimiento pre-filosófico,pero éste no se ve aún hoy completamente postergado. La mayoría de los planteamientos iniciales son reconocidos como fundamentales y las correspondientes respuestas a sus interrogaciones siguen, hasta cierto punto, en pie,por más que la investigación moderna las haya relegado a las páginas de la historia de la filosofía. Es ilustrativo a

este respecto, el caso de la lógica aristotélica y-dicho sea de paso-corre una suerte paralela la matemática euclidiana, la física llamada clásica de Newton, etc.

¿Tratamos con igual respeto la materia filológica en tanto es superada? ¿No la consideramos, antes bien, como lastre y hasta obstáculo para el progreso a toda la erudición filológica de siglos pasados, citándola a veces tan sólo por amor a lo anecdótico? ¿En qué estriba ese destino tan ingrato que parece haber sido reservado a la filología en nuestros tiempos?

1.1.3. Si la filología como ciencia global tiende a desaparecer del concierto de las disciplinas académicas, busquemos razón y raíz de ello en la inestabilidad semántica que, cual un defecto de nacimiento, se ha adherido al amplio espectro de la actividad filológica. Hay que empezar por su partida de bautismo con un nombre único: el cual le ha sido otorgado bastante tarde. Surgieron, al principio, una serie de nombres relativos todos al estudio de este hecho universal que es la lengua; dicho con más precisión: fue el lenguaje homérico el que atraía sobre sí primeramente la atención; esto dio origen, en segundo lugar, a algunas tempranas especulaciones sobre el correcto - e.d., acertado- uso de las palabras. Con la 'glosografía', 'ortoepía' y 'etimología' está circunscrita el área prístina de la preocupación filológica. Y 'gramático' se llama todo aquel que despliega labores profesionales en dicha área del conocimiento. Está al servicio de la primitiva escuela griega desde antes de la época Sofística y sigue con este nombre todavía durante el Helenismo, cuando la formación escolar se había vuelto más diferenciada y amplia. Por otra parte, nadie, entonces, opinaba que el filólogo había de ser un profesional. Platón nos enseña esto claramente: en más de una ocasión se sirve de los términos 'filósofo' y 'filólogo' de modo casi indiscriminado. Las veces que en sus diálogos aparece un 'filólogo', se trata de un 'hablador' en el buen sen-

tido de la palabra,de alguien que habla bien y sabe hacer hablar a los demás, un amante del diálogo a la manera socrática(Rep.582-e-Fedro236 e-Teeteto 146 a,y 161a). Del 'filólogo' distingue Platón al 'braquílogo' que es hombre de pocas palabras y que prefiere la expresión 'lacónica'; y al 'misólogo',tipo opuesto al filólogo por odiar el debate y las libres conversaciones intelectuales (Laques 188 c).

Si a este nivel histórico,'filosofía',en sentido lato, es el amor o la afición por la sabiduría,de modo análogo se concibe a la 'filología' como amor o afición por la palabra,e.d.,por el diálogo acerca de los asuntos del espíritu.De ahí que no nos extrañe,si el término 'filología' más tarde se hizo extensivo al trabajo científico en general.

Sólo así,por lo menos,se entiende que Eratostenes (ca. 275 - 194 a.C.), uno de los eruditos alejandrinos que no se ocupaba exclusivamente de la literatura sino que se dedicaba también a estudios de geografía,matemática y astronomía,haya sido el primero en adoptar, a guisa de título, el atributo de filólogo,confesando de esta manera su consagración a la erudición en toda la amplitud de entonces, mientras que sus predecesores, colegas y aún los sucesores en la dirección de la Biblioteca y del Museo de Alejandría se contentaron,aparentemente , con llamarse 'gramáticos". Es obvio que el nombre de filología encerraba la idea de polipragmaticidad,característica que en adelante no se perdería.Sin embargo, los demás eruditos alejandrinos-y esto no deja de ser curioso para nosotros-se empeñaron justamente en dar un carácter distinto y mejor definido a su labor, que hoy estamos inclinados a reconocer como la filologíá,en la acepción más propia del término.

Un Zenódoto (director de la Biblioteca entre 285 y 260 a.C.), un Aristófanes de Bizancio (en la misma función de 257 a 180 a.C.), un Aristarco de Samotracia (vi

ve de 217 a 145 a.C.),con un afán exclusivo y casi pu rista, restringieron su actividad al cuidado de la li teratura y poesía que les había legado la época de oro de las letras griegas. Se limitaron, en palabras de Al fonso Reyes ("Sobre crítica de los textos", en La experiencia literaria , Bs. As. 1952, p.143), "al cuerpo material de la obra" a través de un proceso técnico, cuyas seis fases nos describe Dionisio el Tracio (ca. 170 - 90 a.C.) , discípulo de Aristarco y célebre como autor de una gramática del griego, e.d., de la primera gramática que se haya escrito en occidente y, como tal, matriz de toda gramática posterior, siendo un calco de la misma, la gramática de Elio Donato (350 p. C.) de fabulosa longevidad.

La técnica, cuya finalidad principal era la edición de los textos, consistía en 1) la diórtosis y anágnosis, en otras palabras:la lectura con arreglos ortográficos y aplicación de acentos y demás signos críticos; 2) la exégesis de los tropos o figuras llamadas retóricas; 3) la explicación verbal y material; 4) la etimología; 5) la presentación de las reglas gramaticales (sintácticas); 6) la crisis que abarcaba desde la exposición del argumento, incluyéndose datos sobre vida y obra del respectivo autor, hasta las cuestiones de la integridad y autenticidad del texto, a más de un juicio estético sobre la obra.

En principio, ni las normas de la técnica de edición ni la crítica literaria basada en el código de la estética vigente en cada época han perdido su importancia hasta nuestro tiempo. El trabajo en la obra por publicarse, la labor frente a la obra hecha, requieren para su adecuada realización estudios previos cuyo primer modelo hemos de ver en las actividades filológicas de los alejandrinos. Pensándolas en términos nuestros, aquéllas encierran no menos de dos vías de profesionalización: la crítica literaria basada en el conocimien

to de la teoría literaria y de la técnica de la crítica constructiva, en una gran medida, forma hoy parte de las ciencias literarias; por otro lado, la formación científica de aquellos que se quieren dedicar a la fama de las ediciones críticas de textos poéticos y literarios debería ser asumida como tarea indispensable por una disciplina filológica modernizada y puesta al día.

2.0.0. En uno de los párrafos de la introducción a su Historia de la Filología, U. v. Wilamowitz hizo hincapié en que la ciencia filológica en general se había derivado de la grmática griega y que"dicho desarrollo, siguiendo el curso de la historia moderna del espíritu, en el que la apropiación de los valores culturales de la antigüedad influía fuertemente, se ha realizado de un modo a veces provechoso, a veces contraproducente" (Traducción nuestra).

En efedto, la asociación a la que alude v. Wilamowitz - ese singular entretejimiento de la filología con elementos ideológicos respecto de una restauración y revitalización de la cultura greco-latina, ideas basadas en la convicción de que los valores espirituales y artísticos de la antigüedad clásica son de una ejemplaridad perenne - resultó para la filología mucho más dañino que provechoso, siempre que la definamos como una ciencia general dedicada a la exploración tanto del fenómeno lingüístico como del hecho literario en sus respectivas manifestaciones.

2.1. El peligro que, a raíz de su estrecha unión con el humanismo, tenía que correr la filología, era de doble índole. Por un lado, siendo una ideología por su misma naturaleza no perdurable, la ciencia filológica, al pretender vivir en una especie de simbiois con aquel movimiento ideológico, estaba sujeta a sufrir iguales percances y fases de decadencia, cuando ella, por naturaleza, requiere para su progreso un ritmo fijo de desarrollo. Por otro lado, el provecho que ha podido

sacar de estas poriódicas reapariciones y brotes del humanismo, cada vez con un sentido diferente, resultaba a la larga más bien un retraso: porque la filología, durante un tiempo demasiado prolongado, era nada más que esto, filología c l á s i c a .

Y como el humanismo en todos sus matices históricos repetía su mensaje de la ejemplaridad espiri - tual de la antigüedad clásica (la noción fundamentalinherente a la acuñación del atributo 'clásico' no nos dice otra cosa), la filología tenía que identificarse buenamente con la tarea de trasmitir a las generaciones jóvenes los ideales de un pasado cada vez más remoto. Conforme con un célebre pasaje de Cicerón (de oratore II, 9,36), los autores del tradicional canon de la literatura clásica fueron declarados como los mejores guías en la vida, hecho que ha cimentado la importancia pedagógica de la filosofía clásica durante casi diecinueve siglos de vida cultural europea. Como ciencia conllevaba así un deber constante de educación.

2.1.1. Podemos rastrear las raíces de tan pretencioso programa educativo, al que vemos asociada a la filología, en el instante histórico de la recepción de la cultura griega por parte de los vencedores romanos, al establecerse el primer contacto intenso entre filósofos, sobre todo estoicos, y otros eruditos helenos - con la élite polítca y militar del naciente imperio romano.

Aquellos, ansiosos de convertir a los futuros amos de la ecumene en dirigentes conscientes más de su deber que de sus derechos y de su poder, habían desarrollado, probablemente de común acuerdo, la idea de un genuino humanismo, cuya savia era tan vital, que ha podido conservarse intacto durante siglos.

No debe olvidarse, además, un distintivo especialmente característico de aquella idea humanista, que si bien existía ya entre los helenos, adquirió, sin embar

go, un relieve históricamente decisivo entre los romanos cultos del siglo I a. C. . Trátase de la opinión, muy divulgada en Grecia, de que las faenas del espíritu no pueden ser realizadas con propiedad por aquellos que, a falta de un esclavo, tienen que ensuciar sus propias manos al encender su estufa. Banausos fueron llamados. Había que poseer una mente libre de preocupaciones materiales y disponer del ocio (enemigo del 'ne-(g)-ocio'), para poder ejercer las actividades de la scho-la (e-scuela), vocablo griego que es equivalente del ocio latino. Esta prerrogativa fue acogida con la mayor naturalidad por una parte de la nobleza romana. En las cartas de Cicerón, más tarde también en las epísto las literarias de Séneca, aparece el término de filología con la connotación de que los estudios -llamadas artes ingenuae o 'artes liberales' - no son sino un asunto de selectas minorías, aptas para experimentar - las delicias del quehacer intelectual. Quien lo escogía, se sentía ennoblecido porque se le quitaba de encima la natural rudeza , implemento forzoso de la carrera de armas y de la política. Si alguien, pese a todo, no se podía ahorrar esta abominable lucha interesada, sórdida y ruidosa del foro, poseía en la 'erudición' por lo menos un antídoto y una como dignidad especial, que le daba el derecho de llamarse - no sin una cierta dosis de exaltación y, como pensamos hoy, de egoísmo- homo vere humanus .

2.1.2. Las artes liberales, destinadas en un tiempo a refinar ingenios sedientos de cultura, volvían a ser, después del comienzo de nuestra era, una mera rutina preparatoria para adiestrar a las juventudes en las lides de la ambición política.

La erudición, que antes era estrictamente bilingüe, comenzaba a perder este carácter, diluyéndose por servir a muchos. La enseñanza en los niveles inferiores se hallaba mayormente en manos de los libertos:

grammatista se llamaba el de la escuela elemental, grammaticus el profesor del segundo nivel. Los estudios propiamente dichos los dirigía un rhetor, el cual enlazaba la dialéctica, degradaba a un compendio de lógica, con la retórica, conglomerado de preceptos técnicos, esquemas oratorios y trucos psicológicos entretejidos con los exempla esos muchísimos ejemplos que para ser obtenidos,, fueron saqueadas afanosamente la literatura, la poesía, la historia y la mitología, además de otras esferas del saber. A medida que tales estudios, cuya única finalidad se veía en el éxito público, se hinchaban de prestigio, iban raleándose, hasta la total ausencia, sus legítimos propósitos de antaño. Ese proceso degenerativo se reflejaba en la reducción gradual de los cánones de los escritores por tratar en los centros escolares. El criterio de la conservación de los mismos estaba sujeto - puede decirse ya para entonces - a la demanda.

Trabajaban a la sombra de la actividad escolar los copistas a sueldo, como empleados de las bibliotecas estatales y municipales o por encargo de algunos ricos mecenas . Su labor, hasta cierto punto, era comparable a la de los alejandrinos, por más que ya no fuera tan apreciada. Había entre ellos filólogos de la calidad de un Probus (ca. 30 -105 p.C.). No se restringieron a la confección de tal o cual número de copias, sino que se aplicaban también a las normas técnicas de la editio filológica, e.d., a la recensio y a la emendatio : cotejaban los ejemplares que de un autor tenían a mano determinando la mejor lectio , para corregir, según la copia que tenían, a las demás.

Que la corriente de la tradición literaria no se haya interrumpido del todo desde el siglo III en adelante, tenemos que agradecérselo al trabajo sigiloso de aquellos artífices de la trasliteración: porque habían de sustituir, a la vez, el frágil material de los

rollos de papiro por el más resistente del pergamino. El criterio que determinaba a cuáles autores había de otorgárseles el pase a la posteridad, variaba de acuerdo a las preferencias de cada época, siendo un asunto tan apasionante que podía interesar hasta a algunos emperadores cultos.

Y, al ser declarado religión del estado, el cristianismo influía no menos en dicho proceso selectivo. Quedarán, en adelante, favorecidos en este aspecto, por un lado, poetas y escritores con cualidades de anima naturaliter christiana, como en el caso de Virgilio; por el otro, autores cuyas obras sobre medicina, jurisprudencia, arquitectura, etc. podían considerarse como neutrales respecto de la religión entronizada.

En la época de la incipiente decadencia cultural cuenta como único filólogo verdadero San Jerónimo - (347 - 420) , quien-dueño de una sólida técnica a más de su multilingüismo-puso todas sus facultades al servicio de los textos sagrados.

2.1.3. Parece ser una ironía del destino el que la filología, en vísperas de una etapa prolongada de barbarie, obtuviera una especie de último triunfo en forma de un monumento literario. El africano Marciano Minco Félix Capella escribió entre 410 y 439 una obra de nueve libros, celebrando las nupcias que contraen la sabia Virgo Filología y el dios de la Inteligencia, Mercurio, con asistencia del Olimpo entero, figurando al lado de divinidades conocidas toda clase de personificaciones de nociones abstractas. El autor quiso poner de relieve la universalidad de la filología, haciéndola presidir a las Siete Artes Liberales , suma del saber de entonces, que a través de la organización del Trivium (e.d., tres vías, a saber: gramática, retórica, dialéctica) y del Quadrivium (o cuatro vías: geometría, aritmética, astronomía y música) sigue trasmitiéndose a una plétora de estudiantes desde las postrimerías de la antigüedad hasta más

allá de los límites de la edad media. Fue Casiodoro (ca. 490 - 583) el que institucionalizó a las 'Siete Artes Liberales' convirtiéndolas en moldes de la formación clerical superior. El calificativo de cultura 'enciclópedica' hace aún recordar este largo capítulo de la historia de la educación. No es, sin embargo, meramente gratuito traer a la memoria, también, la compendiosa novela alegórica de Marciano Capella, ya que tiene un excepcional valor sintomático, haciéndonos ver una filología vaciada de todo su contenido específico, pese a su pomposa apariencia: con el sacrificio de la propia sustancia científica había adquirido la reputación de una dudosa universalidad.

2.2. Tuvieron que concurrir una serie de factores para darle vida propia a la filología y reinstalarla en su terreno. Le tocó en suerte que éstos se presentaran, algunos simultáneamente, otros de modo sucesivo, durante un período estelar de las letras.

2.2.1. Francisco Petrarca le dio un primer tratamiento de reanimación (1304-74) con su aliento de entusiasmado ciceroniano. Gracias a él, se estableció de nuevo en muchas conciencias aquel mensaje de fuste típicamente humanista, según el cual los estudios - llamados precisamente studia humaniora - patentizaban la excelencia de la naturaleza racional del ser humano, idea proclamada con toda solemnidad en 1486 por el platonista de Florencia, Pico della Mirandola.

Surgieron mentalidades amplias y libres, animosamente opuestas a las estrecheces dogmáticas de la Escolástica. El origen pagano de su credo no estorbaba en lo más mínimo ni a un Petrarca ni a los que siguieron sus huellas, los humanistas de los siglos XV y XVI en Italia y en otras partes. Porque nadie, entonces, poseía aún categorías intelectuales para darse cuenta que el humanismo clásico al que con tanto afán se imitaba, adolecía de un defecto consubstancial, defecto que a los ojos de

los que se dijeron creyentes cristianos había de ser en verdad grave. Porque aquella dignidad humana y nobleza del espíritu humano tantas veces ensalzada, en cuyo derredor habían girado primero los estudiosos del círculo de los Escipiones, luego un Cicerón y muchos otros romanos, ¿no se basaba, o más bien se había hecho posible debido a la existencia de un sub-mundo, de una humanidad-gran parte de la de entonces-esclavizada y tratada por debajo hasta de la condición de los animales? No, no solía ocurrir esto a los renacentistas, y si algunos hubieran reparado en aquel hecho, les habría incomodado no calzar en sus teorías, perturbando su euforia. La voz de Petrarca obtuvo un eco vasto y prolongado, con el efecto de que una y otra generación de estudiosos se lanzaron a la búsqueda de los preciados códices, cuya existencia en olvidados rincones conventuales se debía a una labor paciente de copistas monásticos y, en primera instancia, a la iniciativa feliz de Casiodoro en su Vivarium y a la consigna benedictina que se había difundido desde Montecassino hacia el norte de Europa. Luego que inesperados tesoros literarios habían salido a la luz, comenzaron a encenderse los debates y a iniciarse ardientes riñas acerca de la autenticidad de ciertos manuscritos y sobre el significado de tales o cuales pasajes, cuando discrepaban las tradiciones textuales. Manifestábase una nueva mentalidad, la filológica.

2.2.2. Ni el humanismo petrarquiano, ni los gritos de júbilo acompañando los redescubrimientos de piezas literarias que se creyeron perdidas, ni tampoco el refinamiento espiritual en los círculos de los Medici y Piccolomini, fruto del convivir en sus pensamientos con los espíritus más ilustrados de la antigüedad, ni las cosechas de literatura griega que trajeron los eruditos de Constantinopla ya antes, y más aún después de 1453, ninguno de estos momentos enumerados hubiera sido suficiente por sí solo, para garantizar a la filología clásica

vigencia tan extremadamente duradera como la que tuvo hasta los principios del siglo XIX, sin los impondera - bles: la invención de la imprenta y la Reforma.

Una buena constelación quiso que el arte de la imprenta se pusiera en marcha justamente cuando había ma yor acumulación de material, en manuscritos provenientes tanto de occidente como de oriente. Les esperaba desde ese momento un nuevo turno para ser trasliterados. El pa so del código al libro impreso había de realizarse a ba se de normas técnicas, cuyo perfeccionamiento urgía tan to más cuanto que los reformadores instaron a que se re produjese la palabra de Dios - antes de cualesquiera le tras profanas - con absoluta pureza y autenticidad en el aspecto lingüístico y semántico. Ya no podían faltarle tareas adecuadas a la filología.

2.2.3. Reforma y Contrarreforma mostraron inten so interés en ediciones impecables, como, asimismo, en una constancia respecto a las divergencias en la tradición textual de los escritos bíblicos. Y ni el menor celo cu po a favor de la reproducción de los autores clásicos, se gún exigencias igualmente severas. Los problemas que llegaron a imponerse se multiplicaban con el tiempo, a sa ber: la determinación de los respectivos arquetipos y la filiación correspondiente de los códigos manuscritos, ta rea que obligaba a laboriosos cotejos, los que a su vez desembocaron en la confección del aparato crítico.

El que había llevado la semilla de todo este quehacer a las naciones que de uno u otro modo estaban comprometidas con la reforma, era Desiderio Erasmo de Ro terdam (1469 - 1536). Personalidad en el auténtico sen- tido de la palabra, dejó huellas intensas de su activi- dad, de su ejemplo y de sus profundas convicciones huma nistas en Francia, Suiza y Alemania, en los Países Bajos (que lo habían visto nacer) y en la vecina Bélgica, fi- nalmente en Italia e Inglaterra. Todos estos países pro ducirían, durante los próximos tres siglos en sucesivas

etapas, un afloramiento de los estudios filológicos dentro y fuera de los centros académicos y su carácter corresponde a la mentalidad inequívoca de cada tierra en la que fueron cultivados.

En Italia se desarrollarían, junto a los trabajos filológicos propiamente dichos, las primeras tentativas de una arqueología y epigrafía. Asomóse en ellas una nueva tendencia expansionista de la filología, la de integrarse áreas auxiliares de la historia.

Juan Bautista Vico (1668 - 1744) aporta, cuando comenzaron a hundirse los estudios filológicos en erudición detallista, su grandioso proyecto creador de su Scienza Nuova , que contribuye a mover la cuestión homérica.

En Suiza, Alemania y los Países Bajos prevalecen, a raíz de la influencia erasmiana, durante algún tiempo más, los estudios sobre los textos bíblicos, para degenerar, paso a paso, en una erudición multiforme que, deteniéndose con preferencia en las 'antigüedades', solía perder muchas veces de vista el sentido general de las cuestiones particulares buscadas. Tal peligro era menor en Inglaterra, donde había ya tradiciones firmes antes de la llegada de Erasmo, tanto en Oxford como en el Trinity College de Cambridge. Al haber cesado el fervor por las cuestiones bíblicas, se inicia en los centros de estudio ingleses una filología bastante sistemática que se emprende no por la gloria de la erudición, sino en función de la enseñanza clásica, creyéndose aquí que "los clásicos fueran parte indispensable de cualquier educación completa" (C.M. Bowra, ' Una educación clásica'. Versión castellana. Bs. As., 1948). Desde fines del siglo XVII, cientfficos como Bentley (1662 -1742), Porson (1759 1808), Elmsley (1773 - 1825) y Jebb (1841 - 1905) rinden sucesivamente a la filología magnos servicios con su sagaz crítica constructiva, estableciendo textos inteligibles, depurados de absurdos errores y malentendidos de

la tradición. Como siempre, cuando la filología pudo apoyarse en convicciones humanistas de verdad, el provecho para los estudios no se hizo esperar.

En Francia, durante el siglo XVI - XVII, vemos establecerse con los cinco representantes de la "dinastía editorial" de los Stephanus (nombre latinizado, originalmente Etienne) una bien organizada labor lexicográfica, seguida de los esfuerzos por el comentario textual, lo que los llevó a la indispensable sistematización de la cronología y el ordenamiento histórico y lexicográfico del entonces disponible material epigráfico, trabajos que fueron absorbidos a su vez por las exégesis de Budeo (1467 - 1540), Mureto (1526 - 1585), Escalígero (1540-1609), y Casaubono (1559 - 1614) .

El clasicismo literario de Francia se hallaba compenetrado en todas sus manifestaciones de una visión racionalista de la antigüedad clásica, a tal punto que los mismos poetas, y sobre todo los dramaturgos, se sujetaban a la reglamentación de un Boileau (1636-1711) , basada en normas aristotélicas y horacianas, ateniéndose a ellas como si tuvieran validez absoluta. Esta orientación francesa respecto de la cultura clásica irradiaba hacia los demás países del continente, ejerciendo una influencia verdaderamente autoritaria.

2.2.4. Una imagen mucho más atrayente y sugestiva de los griegos y su arte, pero no menos fuera de la realidad histórica, salió del alemán Juan Joaquín Winckelmann (1717 - 1768), cuya concepción de la belleza clásica se derivaba de la contemplación de obras escultóricas por él conocidas mayormente en copias de la época helenística o romana, ya que se disponía aún de pocos originales. Pero el siglo se había cansado de las artificialidades del rococó, por lo que el terreno, psicológicamente hablando, estuvo preparado para recibir nuevos cánones estéticos. La idealización no solamente de obras de arte, sino de toda la vida helénica llegó, a tra

vés de los escritos de Winckelman a su punto culminante. La humanidad griega, archi-imagen de una imagen perfecta, entró de ahí, como un sueño por realizar, en los pensamientos del joven Goethe, hecho responsable del carácter específico fuertemente helenizante del clasicismo alemán. Como todo movimiento humanista anterior, también éste se apropió de la educación, por ver en ella el área preferida para el despliegue de sus ideales. Hemos de considerar como un fruto maduro del árbol del clasicismo alemán la fundación de un nuevo tipo de universidad: la de Berlín, en 1811. Fue concebida en los principios filosóficos de los idealistas Fichte, Schelling, Schleiermacher y del mismo Goethe, pero, en sus líneas concretas y fundamentales, es creación de Guillermo v. Humboldt - (1767 - 1835). Para él la idea de la perfectibilidad de la persona humana es la resultante de una educación moral, en unión con la formación espiritual armoniosa, meta alcanzable a condición de que todas las fuerzas del individuo sean comprometidas en este proceso.

Vive en Humboldt la misma fe humanista que periódicamente ha aflorado en la historia del espíritu europeo: "...sólo la ciencia que brota del interior y puede arraigar en él transforma también el carácter, y lo que al Estado le interesa, lo mismo que a la humanidad, no es tanto el saber y el hablar como el carácter y la conducta" - escribe Humboldt en 1810 con respecto a la "Organización interna y externa de los establecimientos superiores de Berlín" .

Este su pensamiento programático encierra varios supuestos, entre los cuales hay que relievar aquel de que las instituciones académicas no deben abarcar sino la élite de la nación; y otro, que una élite educada en los principios pedagógicos antes enunciados, servirá mejor a la ciencia en todas sus ramas que una juventud sólo adiestrada intelectualmente. Respecto de la primera premisa había un error fatal, o mejor dicho, una has

ta cierto punto perdonable falta de cálculo - la misma que ha hecho fracasar a todo movimiento idealista traído a tierra por las realidades. Humboldt falló con su idea- en ninguna parte expresamente formulada - de que sólo la élite del pueblo se dirigiría a las puertas de la alta educación, sin querer darse cuenta de que la mediocridad, que aspira al ascenso social, se serviría en lo posible de la oferta del estado, trayendo como consecuencia, el aburguesamiento a los institutos superiores con el inevitable efecto de una nivelación general de los contenidos más nobles, por culpa de la rutina. Nietzsche, en son de iracunda protesta, levantará más tarde la queja acerca del carácter trivial y el empobrecimiento de la vida académica.

En cuanto a la segunda premisa, el curso de los eventos en los siguientes decenios hasta el comienzo de nuestro siglo y por lo menos respecto de las ciencias filológicas, parece dar la razón a Humboldt. Porque nunca fue mayor el auge de éstas en Alemania que en dicha época. La filología clásica, en este lapso, no sólo ha evolucionado ejemplarmente en su propio campo, sino que se extralimitó sobre todo en dirección a las ciencias históricas, como hacia la filosofía, la mitología y la historia comparada de las religiones. Para convencerse de ello, basta pasar revista a las actividades científicas múltiples de Teodoro Mommsen (1817 - 1903) y los no menos diversificados estudios de su yerno v. Wilamowitz (1848 - 1931), reconocido, durante largo tiempo, como autoridad indiscutida en Alemania y en otras partes, toda vez que surgían querellas científicas en el campo de la filología.

Quizás nadie, en vista de tal plenitud, ha querido percatarse entonces que las prerrogativas de la filología clásica, en verdad, ya no existían, porque el fraccionamiento de esta disciplina con pretensiones de universalidad había comenzado desde hacía mucho tiempo.

La filología clásica había dejado ya de ser la única filología.

2.2.5. El humanismo como movimiento pedagógico, enraizado en la cultura clásica, había recibido, a su vez, el golpe de una crítica en sí acertada que, para quien supo interpretar los signos del tiempo, pudo parecer irreparable, es decir: la interpretación de la historia de Karl Marx. El puso con decisión el dedo, si bien de modo indirecto, sobre lo que era una mácula vergonzosa, mantenida secreta durante siglos: el humanismo llamado clásico, representando los ideales más altos de la humanidad, encubría la más abyecta de las explotaciones de los congéneres, la esclavitud. Puede parecer hoy en realidad extraño que un hecho histórico conocido de todos, el que la economía de la sociedad antigua se basaba en semejante institución (al igual que la sociedad moderna se vale de la máquina), no haya producido tacha y rechazo unánimes mucho antes, especialmente si se considera el llamativo contraste entre la ejemplaridad atribuída a los héroes del pensamiento y las realidades sociales tan denigrantes que rodeaban a éstos.

Más extraño aún, parece que la intervención marxista de aquellos hechos históricos no haya surtido un efecto más rápido impidiendo, de esta suerte, cualquier brote ulterior de un nuevo movimiento humanista. Pero en el decenio que siguió al término de la Primera Guerra Mundial, e.d., en los años veinte del presente siglo, surgió muy fugazmente lo que se llamó a sí mismo tercer humanismo.

Tuvo posible arraigo, entre otras causas de origen, gracias a las lecciones dejadas por Guillermo Dilthey (1833 - 1911), a su visión fecunda de la historia cultural, a su capacidad de síntesis frente al cada vez más amplio espectro de las ciencias llamadas del espíritu que amenazaba desbordar todo límite. Este síntoma se había sentido en mayor grado precisamente en el campo de

la filología clásica donde, por otra parte, habían comenzado a escasear cabezas de tan amplia genialidad como aquellas de la era precedente y donde se notaba un estancamiento de la creatividad en los talentos llamados epigonales, tanto más grave cuanto que, en realidad, crecían vertiginosamente, con el potencial de una aparatosa metodología historicista, las exigencias que debían satisfacer quienes se dedicaron a continuar investigaciones magistralmente proyectadas e inauguradas. Así, una disciplina que fue vista como una de las más vitales entre las ciencias del espíritu hasta el fin del siglo XIX, mostraba tendencias a disecarse, a ahogarse en pedanterías intrascendentes. La acerba crítica de Nietzsche (1844 - 1900) dirigida contra la autocomplacencia de sus contemporáneos y, sobre todo, contra la estrechez intelectual de la vida académica como, asimismo, las sombrías profecías que al unísono pronunciaba el pensador e historiador suizo Jacobo Burckhardt (1818 - 1897) habían anticipado con certera intuición y no menor aversión el verdadero "crepúsculo de los dioses" a causa de la devaluación de los valores más nobles que haya conocido la humanidad, los valores de la auténtica formación clásica, basada en la sabiduría d é l f i c a. Pero en los años veinte de nuestro siglo, como ya se ha mencionado, contra viento y marea, algunos filólogos clásicos, relacionados entre sí "por aquella forma aristotélica de la Philía (amistad)" (Schadewaldt) y encabezados por el discípulo de v. Wilamowitz, Werner Jaeger (1888 - 1961), obraron el milagro de crear un tercer humanismo en tiempos turbulentos, animados, una vez más, por la esperanza de que aquellos ideales de noble abolengo podían ser valederos para la formación de la juventud de la post - guerra; estaban convencidos, además, que únicamente de una sólida orientación humanística impartida en los planteles secundarios dependía la continuación de la enseñanza e investigación académica en el área de la filología

clásica. En otras palabras, ellos sabían que esta disciplina había de jugarse su existencia. Anticiparon con mucha razón que, sin la fe en los valores éticos y principios formativos del espíritu, garantizados, según ellos, por una educación centrada en las asignaturas de la filología clásica, no quedaría por fin sino sólo un estéril interés historicista sin aliento ni horizonte.

W. Schadewaldt(nacido en 1900), al que hemos de considerar como uno de los últimos portaestandartes de la filología clásica entendida en el sentido más amplio, pero finalmente unido al compromiso humanista, redefinió el significado del movimiento inaugurado por Jaeger, en su discurso de 1962, pronunciado para conmemorar a su maestro y amigo; llamó al humanismo de Jaeger una " historización del mundo de valores humanos ", lo que equivale - si interpretamos el neologismo - a una realización, desde nuestra perspectiva de hoy, de todos los valores humanos vivos durante un largo pasado.

La amenaza de una futura inanición de los estudios de la antigüedad clásica en aquellos países donde con más ahinco habían sido cultivados, no fue mera hipótesis. Se hizo pronto triste realidad, a raíz de la profunda decepción que se sufrió tras una guerra, de la cual el centro de Europa - y no solamente éste - salió moral y materialmente derrotado. Fue una decepción justificada por la poca o casi ninguna activa resistencia que habían opuesto precisamente las universidades contra las - fuerzas del mal, fuerzas ideológicas tan anti-espirituales como anti-humanistas basadas en infernales odios raciales.

Hoy, como sabemos, cualquier proposición de renovar aquellos ideales humanistas no encontrará un número suficiente de adeptos por razones muy variadas, y como única respuesta se escuchará, a lo sumo, la definición que Uvo Hoelscher, en un estudio titulado "Monólogo sobre humanismo" ha dado en 1962: los estudios de fi-

logía clásica, a consecuencia de la bancarrota moral del humanismo, enfrentan un ambiente de "malestar" .¿Acaso no hay otra voz? Para quien nunca pierde la esperanza pueda tal vez servir la argumentación de A. Tovar ("Retorno a la sabiduría humanista" en Ensayos y peregrinaciones , Madrid,1960,pp.154-55): "...procurar salvar las tradiciones humanas en una etapa deshumanizada..." Esa gran lección de desesperanza en los medios humanos, es decir, por lo mismo, de esperanza en lo otro, es quizá la tradición más sana del humanismo y la que nosotros hemos de mantener para cuando la humanidad entre del todo en la nueva etapa mecánica y deshumanizada. Si en ella se olvidara del todo la tradición humanista,... se habría perdido una gran fuente de consuelo y una explicación profunda de la vida".

Pero se objetará: y ¿la sociedad de masas permitirá siquiera pensar en la restauración de una filosofía y de unos estudios que, por su misma naturaleza,nunca pueden servir adecuadamente sino a círculos selectos? Además, ¿tendrá aceptación un ideal de vida que parece ser lo más opuesto a una civilización materialista cuya sociedad marca sus progresos en bienes de consumo? Por otro lado, ¿no hay necesidades elementales, y, sobre todo, un déficit tremendamente llamativo de la enseñanza básica en los países que se reconocen como el Tercer Mundo, necesidades de primer orden que no podrán ser satisfechas al nivel elevado del humanismo de antaño, y ni siquiera del humanismo en su versión humboldtiana, porque el hambre material y espiritual demanda soluciones de orden práctico e inmediato?. ¿No hay que apelar más bien a todos por igual, demandando una ideología del ofrecimiento espontáneo para que no se cumplan las célebres palabras de Séneca que O. Spengler puso al final de su obra La decadencia de Occidente : Ducunt fata volentem, nolentem trahunt (a quien quiere guían los hados, arrastran a quien no quiere).

Pero, por otra parte, ¡que no se llame 'humanismo' ni valores 'humanísticos' a los que no lo son, por no haber crecido en aquel terreno histórico del cual nos alejamos hoy a pasos agigantados! ¡que no se confundan los términos! La ética que en la actualidad, a menudo, pasa falsamente por ética humanista, no es tal cuando, procediendo sea de la moral cristiana o de la jerarquía de los valores marxistas, se aviene a las necesidades y propósitos de nuestra era; actitud que cabe definir, en general, como la disposición f r a t e r n a l del que da e s p o n t á n e a m e n t e si tiene, a quien no tiene. Esta disposición se llamaría mejor humanitaria, en vez de humanista, con lo que se evitan equivocaciones que pueden desorientar a muchos espíritus.

3.0.0. No era, en realidad, necesario acompañar a la filología clásica a lo largo de las últimas etapas del camino que compartía con la ideología humanista hasta el instante de su agonía, haciéndolo con la mera intención de enseñar hasta qué punto la evolución de esta disciplina dependía de las peripecias de aquel movimiento ideológico. No era necesario, ciertamente, desde el punto de vista de la búsqueda de un posible deslinde entre la filología, la lingüística y la literatura. Las tres ciencias como entidades separables entre sí deben su carácter moderno a un descubrimiento que tuvo lugar en los comienzos del siglo XIX. Cuando Franz Bopp (1791 - 1867), después de haber hecho estudios orientalistas, al cabo de los cuales se dedicó a verter del sánscrito al alemán los poemas épicos del Ramayana y Mahabharata, se sintió impelido a realizar comparaciones entre el sistema conjugacional del sánscrito y las equivalencias en griego, latín, persa y la lengua germánica - (en 1816), y luego, continuó dicho empeño en el plano fonológico y el morfológico de los pronombres. Así dio origen a una ciencia que merecía ser considerada como la matriz de una serie de filologías. La ciencia indoeuro-

pea debía su existencia a un método de vastos alcances al que se le dio el nombre de filología comparada;en virtud de ella se determinó la paridad entre todos los idiomas de la familia indoeuropea, por lo que terminó automáticamente el predominio de la filología clásica.A raíz de los resultados que dieron los estudios de Bopp,se inauguraron seguidamente otras filologías: la germanística, gracias a las iniciativas de los hermanos Grimm, sobre todo Jacobo Grimm (1785 - 1863); la romanística a base de los trabajos de investigación de Federico Cristián Diez (1794 - 1876); comenzaron después a funcionar la anglística, la eslavística, y otras. Diez, como varios romanistas después de él, salió de la filología clásica , habiendo sido discípulo del gran conocedor de mitología y tragedia griega, F.C. Welcker (1784 - 1868). Acatando, desde 1818, una sugerencia de Goethe, comenzó a interesarse por la poesía de los trovadores provenzales y, a continuación, por la literatura española antigua. Como en el caso de Bopp, el peso de ciertas cuestiones de índole idiomática llevaron a Diez hacia el lado lingüístico: quiso entrever y definir con mayor claridad las relaciones operantes entre el latín por un lado, y las lenguas provenzal y antiguo francés por el otro.Le fue indispensable dedicar estudios a las dos formas históricas del francés, como paralelamente había surgido el interés por las etapas históricas del idioma germano, desde que los hermanos Grimm y otros habían puesto su atención en los textos de la antigüedad germánica.

Fue así como la filología de corte tradicional clásico - e.d.,el tratamiento analítico-exegético de los textos - se salía de sus cauces acostumbrados y nació inadvertidamente lo que al principio no era más que una sub-disciplina, una ciencia por derecho propio:la lingüística; aunque, en la opinión de Hjelmslev - gran autoridad de la moderna lingüística - ésta sólo "p u e d e convertirse en una ciencia; pero todavía no lo es; las

cualidades esenciales de una ciencia, objetividad y precisión, le faltan aún en gran medida." (Acta Lingüística II,2,p. 123. Esta cita, como otra más adelante, las debemos a A. Llorente Maldonado de Guevara, Gramática general y lingüística, Univ. de Granada, 1963. La palabra espaciada lo es por nuestra iniciativa). De todos modos, no deja de ser un espectáculo atractivo observar cómo esta rama que se había independizado de la filología como disciplina general a comienzos del siglo XIX, adquirió un contingente cada vez más grande de problemas a raíz de nuevas visiones respecto del lenguaje y cómo se presentaron en ella cuestiones de una verticalidad sorprendente y se abrieron horizontes que durante siglos no fueron siquiera sospechados.

La hazaña primaria, la que en todo sentido significaba la mayoría de edad de la lingüística, era el haberse desprendido finalmente de un tutelaje de casi diecinueve siglos.

3.1. Porque todo tratamiento científico de cualquier tema de orden lingüístico - o como antes lo dijera: 'gramatical' - fue ubicado automáticamente dentro del armazón y las redes conceptuales de la gramática, de la única que se conocía, la de la antigüedad clásica. Ella, cual una fortaleza inexpugnable, había bloqueado cualquier posibilidad de una tentativa de trazar otros planteamientos y de solucionar cualquier problema de la lengua fuera de esos lindes, evadiendo aquella obligatoria vertebración lógica. Esta cualidad lógica constituía precisamente el título que le confería tan indiscutido dominio. Para su propia autoridad se amparaba en la de un Aristóteles, de los estoicos y otros lógicos antiguos. La gramática se tomaba por lógica aplicada, dado que el lenguaje mismo fue considerado como un hecho racional apriorístico, rendimiento, en fin, del ser eminentemente racional que definía al hombre. La gramática de la antigüedad había deducido sus categorías de las categorías de la lógica, y, en tal sentido quedó, en calidad de arquetipo, para to-

do intento posterior de construir otras gramáticas refe rentes a cualquier otra lengua.

Cabe rastrear tan notorio paralogismo desde la doctrina de San Agustín (354 - 430) -expuesta sobre todo en su diálogo "De magistro", en base del cual Coseriu llama al Obispo de Hipona "el sin duda más grande semió tico de la antigüedad" (Curso del semestre invernal 1968 69: "La historia de la filosofía de la lengua desde la antigüedad hasta Leibniz") - hasta Sto. Tomás de Aquino (1225 - 1274) y Tomás de Erfurt, autor de la famosa Gramática speculativa sive summa de modis significandi , escrita alrededor de 1350. Las palabras no significan cosas u objetos (res) para los tratadistas medievales, sino las ideas de las cosas u objetos, o como dijera Tomás de Aquino, símbolos de los conceptos. Aun en el siglo XVII, la Gramática de Port Royal de 1660, ofrece un ejemplo contundente de tan pretensiosa como falsificante identidad entre los elementos del lenguaje, e.d., las partes de la oración, y las categorías lógicas. Antes de poder crearse una ciencia lingüística moderna que se basará en sistemas idiomáticos abiertos a la descripción, tenía que desaparecer esa imagen artificial, exclusivamente racional, deductiva y apriorística de una gramática general derivada de la lógica clásica, consecuencia por su parte, de una idea del lenguaje que define a éste como un hecho lógico. A lo largo del siglo XIX no acabarán las discusiones - herederas de la obsesiva idea de que debe haber una gramática general, aplicable en principio a todos los idiomas, - acerca de qué es el hecho lingüístico. Las opiniones emitidas al respecto, reflejarán parcialmente aún los inveterados hábitos de un pensar tradicional.

3.1.1. Desde fines del siglo XVIII, sin embargo, podían notarse fuertes reacciones contra tan enraizadas tradiciones, primero de parte de algunos pre - románticos alemanes y, posteriormente, de los ideólogos del movimiento romántico alemán. Estos se pasaron de in

mediato al polo de ideas opuesto, realzando la naturaleza no lógica, sino enteramente psicológica del lenguaje. Se ve claramente que, en el fondo, ni ellos habían podido liberarse del paralelismo de verbo-concepto, aunque incorporaran en su teoría toda clase de posibles exteriorizaciones humanas, comenzando con la interjección emocional y, por tanto, irracional, hasta la gama entera de expresiones del pensar y sentir por medio de palabras y frases, fueran éstas coherentes o no.

Tal vez el más fecundo de todos los pre-románticos, quien tuvo, a la vez, una acendrada influencia sobre los clásicos (antes de que a éstos les alcanzara la marea idealista) fue Herder (1744-1803). Adelantóse a su tiempo, sobre todo, a raíz de la programática exigencia de explorar en las literaturas y lenguas nacionales el carácter vernacular de las mismas, a fin de poder conocer el alma de los pueblos.

3.1.2. Pero mucho más aún que las ideas de Herder, anticiparon futuras evoluciones las de Guillermo v. Humboldt, marcando no solamente hitos significativos para la filosofía del lenguaje, sino orientando también los estudios lingüísticos empíricos hacia rumbos tan lejanos que hasta hoy figura su nombre en medio de los debates de la actual avanzada lingüística, no faltando nunca algunos que le dan la razón por uno u otro pensamiento feliz. A la par de sus dones peculiares de abarcar las complejidades de un asunto en forma global y de intuir su constitución orgánica, capacitó a Humboldt -¿por qué no advertirlo en un contexto que trata de salvar el honor de la filología? - su formación clásica especialmente sólida, sirviéndole para no pocos de sus aciertos. Entre sus numerosos ensayos de índole lingüística, caracterizados por un curioso entretejimiento de ideas filosóficas y sagaces observaciones empíricas, encontramos un célebre estudio del idioma vascuence, y uno más amplio acerca de la lengua malaya del 'kawi', cuya introducción teórica

tiene el título: "Sobre la diversidad de estructura del lenguaje humano y su influencia en la evolución espiritual del género humano"(Berlín,183ć*). Partiendo del principio de que el lenguaje no es obra(ergon) sino actividad(energeia), en virtud de lo cual "su verdadera definición... sólo puede ser genética" (p. 418), Humboldt considera las lenguas "como un trabajo del espíritu.... porque la existencia del espíritu en general sólo puede pensarse en actividad como tal". (p. 419)

A pesar de esta definición de síntesis filosófica, se reconcilia, a fuerza de realidades, con las detalladas normas del análisis lingüístico:"La desmembración de su estructura, indispensable para su estudio,nos obliga a considerarlas (las lenguas) como un procedimiento que por medios determinados avanza hacia fines determinados..." (p. 419). De ahí llega, inmediatamente, al descubrimiento de que "ni una nación ni una lengua de las que conocemos puede ser considerada primitiva(nota nuestra:responde más bien al sentido de 'originario') . Por haber recibido éstas ya un material de razas anteriores...la actividad espiritual que produce la expresión del pensamiento se ve dirigida...sobre algo ya dado y no crea puramente,sino que conforma..." (p.419) . Cada lengua, según Humboldt, tiene su individualidad, su forma interior mental" (p.463) inconfundible, pero él no entiende "por forma de la lengua la forma gramatical. La distinción habitual entre gramática y léxico sólo sirve para el aprendizaje de las lenguas; pero no da reglas ni límites a la verdadera investigación" (p.421).

---

*) A continuación se cita la publicación de los escritos de Humboldt,en cinco volúmenes, hecha por Cotta en 1963, por encargo de la Wissenschaftliche Buchgesellschaft . Los textos humboldtianos se entresacaron todos del Vol. III .- La versión castellana es, con algunos reparos, de José María Valverde, Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje, Bibl. Rom. Hisp., Madrid (Gredos), 1955 .

Para comprender a Humboldt adecuadamente, hay que tener presente en todo momento que - contrario a todas las concepciones lingüísticas anteriores - en su opinión"el lenguaje es el instrumento formador del pensamiento"(p. 426). Más pronunciadamente había expresado esta misma idea ya en el ensayo del año 1824 "Sobre el origen de las formas gramaticales y su influencia en el desarrollo de las ideas": "...el pensamiento funciona como lenguaje , mediante el lenguaje."

Citando una vez más su trabajo "Sobre la diversidad de estructura...",Humboldt subraya que "la forma es más bien el impulso genuino por el que una nación da curso en el lenguaje al pensamiento y la percepción. Pero como nunca nos es dado ver este impulso en la continuidad de sus tendencias, sino en sus realizaciones aisladas, así sólo nos queda reunir la homogeneidad de su actuación en un muerto concepto general..."(p. 420).No obstante, previene en contra de considerar al lenguaje como "un producto muerto", añadiendo después el precepto de buscar "la fuente común de las peculiaridades concretas, la armonización de los rasgos desmembrados en la imagen de un todo orgánico. Sólo con ello se obtiene una base en que poder asentar las peculiaridades ". (p.417)

Humboldt, ciertamente, tuvo una visión clara del necesario rendimiento futuro de la ciencia lingüística, sin poder trazar siempre el camino concreto hacia las metas concebidas. Se expresa en este sentido a continuación: " La dificultad de las más importantes y más sutiles investigaciones lingüísticas radica a menudo en que, pese a haberse captado, mediante una percepción muy clara y convincente, aquello que deriva de la impresión general, fracasan, sin embargo, las tentativas de exponerlo en sus detalles íntegramente, y de definirlo por medio de conceptos precisos."*

---

*) En este pasaje, no se podía seguir la versión de J.M. Valverde, por presentar una notable falla.

Y como si hubiera tenido ante sus ojos uno de los conceptos fundamentales de la lingüística moderna, la funcionalidad, agrega: "La forma característica de las lenguas pende en particular decada uno de sus más pequeños elementos; todos están determinados por ella en algún modo, por inexplicable que sea en los elementos particularizados."(p. 420)

3.1.3. Pasaron decenios antes de que las ideas humboldtianas fueran estimadas en su justo valor. Fue Steinthal (1823 - 1899) quien a través de varias obras que hasta hoy no han perdido su vigencia, hizo revivir, entre otros de los pensamientos de Humboldt, la concepción dinámica del lenguaje. Le siguen en la alta apreciación de aquel gran predecesor: Guillermo Wundt (1832-1920), Ernesto Cassirer con su Filosofía de las formas simbólicas, de 1923 y otros estudios pertinentes, el psicólogo K. Bühler, autor del conocido trabajo Teoría del lenguaje, y no en última instancia Husserl con las Investigaciones lógicas; todos ellos han tomado por base, en un sentido u otro, las especulaciones de Humboldt sobre el lenguaje. Si a éstas había que desenterrarlas y sacarlas del olvido, tiene culpa de ello el poderoso influjo que ejercía sobre las mentes, durante gran parte del siglo XIX y más allá de éste, el positivismo.

Contra la invasión de la corriente positivista al feudo de las ciencias del espíritu, luchaba a brazo partido el romanista K. Vossler (1872-1949), lado a lado con su amigo Benedetto Croce (1866 - 1952); mientras éste defendía la tradición de Vico en la línea del idealismo hegeliano, Vossler dispuso de todo el arsenal que podían ofrecerle Herder, Humboldt y también Hegel.

Como entidades de menor resistencia frente a las ideas positivistas se habían revelado las filologías particulares, que debían su existencia y funcionamiento in

dependiente y en pie de igualdad con la filología clásica, al indoeuropeísmo inaugurado por F. Bopp (ver 3.0.0.). Las investigaciones iniciadas en el campo de las respectivas gramáticas históricas eran, por decirlo así, propicias para tal permeabilidad. A los continuadores de la escuela indoeuropeísta, que se llamaron neogramáticos, les animaba la firme convicción de que, al trasladar una serie de procedimientos y principios metódicos de las ciencias exactas (también ciencias naturales) al campo de los estudios históricos de la gramática, les sería más fácil explicar con evidencia ciertos fenómenos del cambio fonético, a más del esclarecimiento científico de las etimologías y, sobre todo, la asignación de un idioma a tal o cual tipo de lengua.

Los secretos del lenguaje que Humboldt anteriormente había captado como al vuelo, serán atrapados ahora, uno por uno, en un plan pesadamente terrestre. Pese a que la escuela neo-gramática ostenta nombres de algunos indoeuropeístas de grandes méritos científicos como los de A. Schleicher (1823 - 1868), K. Brugmann (1849-1919), B. Delbrück (1824 - 1899) y H. Paul (1846 - 1921) no se puede negar que, en general, dicha escuela sucumbió al peligro de atomizar los fenómenos de la lengua, a más de manipularlos con un tratamiento demasiado mecanicista y unilateral, de acuerdo a una renuncia consciente de admitir horizontes más amplios.

3.1.4. En esta situación encontró el estudiante suizo F. de Saussure (1857 - 1913) a la filología lingüística de la Universidad de Lipsia. Todos sus maestros habían sido neo-gramáticos. Hay que reparar en este hecho para comprender su futura actuación didáctica como una reacción profunda y definitiva respecto de las tendencias que dominaron el campo de la investigación de la lengua durante su época de estudios. Las estimaba, en parte erróneas o cuando menos, deformadoras.

Saussure trajo, efectivamente, algo irreversi-

ble al campo de los estudios del lenguaje, sacando,ante todo, a la lingüística de su marco tradicional filológico, lo cual acarreó de por sí consecuencias de largo alcance. Estas no se dejaron ver inmediatamente -porque¿en cuántas universidades no se seguía enseñando las doctrinas de Saussure precisamente bajo el rubro de estudios filológicos, arrastrando malentendido y confusiones?(ver 1.2.1.) . De todas maneras, pronto ya no se va a hablar acerca de la orientación científica inaugurada por Saussure como de ruta única. Liberada la lingüística de ciertos lastres y de los lazos que la mantuvieron atada a la filología,comenzó a florecer, desde todos sus ángulos,facetas aptas para anexar nuevos elementos constructivos y más afines a su nuevo modo de ser, descollando entre éstos la idea estructuralista.

Saussure dictó sus conferencias desde 1881. Hizo verdaderamente escuela con sus innovaciones y, sobre todo, formó a un buen número de lingüistas cuyos pensamientos fecundos están ejerciendo gran autoridad en varias partes del mundo, aun en América del Norte, pese a que la escuela de Bloomfield no se confiesa saussuriana sino de un modo muy reservado. Durante los primeros diez años, Saussure estuvo en la Escuela de Altos Estudios de París y siguió enseñando, a partir de 1891, en la Universidad de Ginebra. Su <u>curso de lingüística general</u> no lo había preparado él para la publicación;fue redactado y editado en 1916, a los tres años de la muerte del gran maestro, por sus discípulos Charles Bally y Albert Sechehaye, a base de apuntes de clase reunidos y manuscritos dejados por Saussure. Sólo casi treinta años más tarde el público hispano-hablante conocerá el <u>Curso</u>, en la versión española de Amado Alonso, de 1945.

A Saussure no le interesa tanto el aspecto gramatical de una lengua como su aspecto s i s t e m á t i c o. En otras palabras: las lenguas, en su visión, son sistemas, referidos a los cuales funcionan todos sus

elementos, no quedando ninguno, por decirlo así, afuera, independiente. Insiste en que el fenómeno lingüístico, todo lo complejo que sea, es siempre uno e indivisible. El estudio del mismo merece llamarse no gramática, sino lingüística general. En contraposición a la gramática clásica que pervivía en la escolástica, con sus categorías lógicas y su método deductivo, la lingüística moderna se sirve de métodos empírico-inductivos, entre los que figura en primer lugar la descripción. Saussure, consecuentemente, tras haber hecho la distinción entre el análisis sincrónico y el diacrónico, pone énfasis en el primero o sea en la descripción del sistema correspondiente en su aspecto sincrónico o sea el sistema en determinado momento de su desarrollo, dejando de lado la diacronía o perspectiva histórica de una lengua.

Otra de sus antinomias fundamentales, fuera de sincronía-diacronía, ha de verse en la oposición entre langue o sistema de la lengua, y parole o realización de la misma. En términos simples: si hablamos una lengua, estamos realizándola mediante el habla; aprendiendo una lengua, estamos apropiándonos de su sistema.

Lo ilustrativa que resultó ser la forma didáctica del maestro ginebrino, se desprende, para mencionar un ejemplo, de uno de sus famosos parangones respecto a los estados sincrónicos sucesivos. Este, si bien fue debatido en algunas oportunidades, nos ofrece, ciertamente, la ventaja de ponernos sobre aviso respecto del germen que encerraban sus concepciones, a saber: el método estructuralista. Hay que subrayar, sin embargo, que el término no se encuentra en ninguna parte del Curso. En el párrafo 4 del capítulo III, Saussure compara el juego de una lengua -e.d., las modificaciones de los diversos elementos- con una partida de ajedrez: "..en ambos juegos estamos en presencia de un sistema de valores y asistimos a sus modificaciones. Una partida de ajedrez es como una realización artificial de lo que la lengua

nos presenta en forma natural". A continuación enumera los puntos más llamativos que ofrece esta comparación . Basta reproducir, para los fines de la presente demostración, el primer punto: "...un estado del juego corresponde enteramente a un estado de la lengua. El valor respectivo de las piezas depende de su posición en el tablero, del mismo modo que en la lengua cada término tiene un valor por su oposición con todos los otros términos."

3.1.5. La idea de que en un sistema lingüístico, cualquiera que sea, las partes o elementos que lo constituyen son interdependientes y que se sustentan entre sí, se había grabado en la mente de los discípulos saussurianos y, continuando su influjo, aparece en el Primer Congreso Internacional de Lingüística de la Haya, de 1928 una ponencia que firmaron tres lingüistas rusos , quienes a la sazón estaban trabajando en Praga, R. Jakobson, S. Karcevsky y N. Trubetzkoy, los que formaron al año siguiente el "Círculo Lingüístico de Praga". Proclamaron como un principal propósito el de caracterizar el sistema fonológico por medio de oposiciones para llegar a trazar un esquema estructural de cualquier lengua que se esté investigando. Ellos, con toda seriedad, habían sacado la consecuencia de las doctrinas de Saussure de acuerdo a las cuales todos los elementos constitutivos de una lengua, sean fonéticos, morfológicos, léxicos o de cualquier otra índole correspondiente, son estructuras dentro de un sistema y definibles por su ubicación en el sistema, en calidad de entidades opositivas. Lo verdaderamente decisivo de esta primera presentación del método estructuralista hecha en el campo de la fonología, estribaba en la explícita intención de sus autores de combatir, de una vez para siempre, el tratamiento atomizante que fue usual en las investigaciones anteriores, sustituyéndolo por uno que fuera universalmente aplicable. Las leyes de las cuales hablan los fonólogos

de la escuela de Praga se revelan como pertenecientes a un todo orgánico, e.d., a un sistema que es posible confrontar con cualquier otro, y se hallan subordinadas a la finalidad de descubrir características fonológicas universales.

La segunda escuela que representaba una lingüística de carácter estructuralista se inició a partir de 1935, dando a conocer sus propósitos a través de la fundación de la revista Acta lingüística de Copenhague, desde 1939. Su programa, cuya realización fue interrumpida por los eventos de la Segunda Guerra Mundial, reflejaba en parte la iniciativa de Praga y, en parte, reveló el influjo teórico de la psicología de la Gestalt. La orientación definitiva de la escuela danesa fue dada desde 1944 por H. Hjelmslev, quien continúa, y hasta cierto punto desvía los pensamientos de Saussure en dirección a un esquema de una teoría lingüística general que, bajo el nombre de glosemática, se enrumba cada vez más hacia **el ideal** de una formalización o, puede decirse, hasta la algebraización del instrumento lingüístico, lo que le ha valido a Hjelmslev el reproche de haber deshumanizado los estudios de la lengua. Hjelmslev agrega a las antinomias de Saussure dos más, a saber: la de contenido, expresión y la de forma/sustancia, a las que ve interrelacionadas; respecto del contenido y de la expresión sólo le interesa lo puramente formal. En Acta lingüística IV, fasc. 3 (acerca de la procedencia de la cita en versión española: 3.0.0.- p. 36) define su propósito como el de una descripción del lenguaje, viendo su esencia como una "entidad autónoma de dependencias internas". El análisis de dicha unidad "reduce su objeto a una red de dependencias, al considerar los hechos lingüísticos como una función unos de otros."

3.2. A raíz de esta breve incursión en el campo de la lingüística estructuralista de las escuelas de Praga y de Copenhague, cuyas teorías ejercieron cierta in

fluencia también en Estados Unidos, se evidencian dos hechos: por un lado, es verdaderamente asombroso presenciar el rápido distanciamiento que tuvo lugar entre el núcleo germinal que constituyen las enseñanzas saussurianas y las lejanas periferias a las que llegaron las concepciones de Hjelmslev, a quien ulteriormente se ha visto en una vecindad muy cercana de la logística de un Carnap. Las investigaciones norteamericanas capitaneadas por N. Chomsky se han encaminado hacia el ideal de una abstracción aún más consecuente y radical que la lograda a través de la teoría glosemática, distinguiendo claramente entre el nivel lingüístico y metalingüístico de los estudios de la lengua.

No puede ser intento de la presente exposición relievar y perseguir la proliferación ingente en cuanto a orientaciones, combinaciones, teorías y meras hipótesis junto a indiscutibles logros, que en proporción casi geométrica, durante pocos decenios, se han dado, partiendo del ya lejano punto de referencia de ciertas normas sentadas por Saussure. Queda por señalar el segundo hecho que se desprende del desarrollo rápido que tuvieron las ciencias lingüísticas; éste se refiere igualmente al meridiano divisorio que, obviamente, resultan ser las doctrinas saussurianas. Dada la preferencia por el aspecto sincrónico que se observa en todo el dominio de las investigaciones lingüísticas modernas de uno u otro sentido de Saussure, quedan para la disciplina filológica - tan encogida ella cuanto más voluminosa se presenta la lingüística - por lo menos algunas tareas imposergables por asumir, las que fueron adrede dejadas atrás.

Se trata del lado de la diacronía o sea de las perspectivas históricas de la lengua, cuyo papel no debe ser tratado con negligencia especialmente en vista del vertiginoso crecimiento que se observa en todos los sectores del estudio sincrónico de la lengua. ¿Acaso no es menester una instancia que ejercite el doble papel de ba

lance y control para evitar que se pierda de vista el sentido supremo inherente a toda investigación de la lengua? Conocer el pasado, la evolución histórica, es comprender el presente para saber decidir rumbos futuros. Pero, antes todo, no ha de olvidarse que la lengua es una creación del hombre y que, a través de su pensamiento hecho palabra, él debe llegar a conocerse más y mejor. Convengamos, sin embargo, en que no está capacitado para intervenir en semejante tarea el que no posea un dominio completo de ambas áreas, el de la lingüística en su complejo estado actual como el de los planteamientos filológicos de la época aquella cuando la filología era aún lingüística.

4.0.0. La historia de las ciencias literarias, desde que se emanciparon del complejo de una filología generalmente entendida como clásica, abarca apenas un siglo y medio. Al inaugurarse las filologías particulares, que se constituyeron luego al lado de la filología clásica, comenzaba a desarrollarse en el seno de las mismas, la historia literaria referente a la lengua cuya gramática histórica se empezaba a explorar. Tanto en ésta como en aquélla se infiltraba la influencia del positivismo, amoldando los procedimientos de la investigación en lo posible a las normas vigentes en las ciencias empíricas de la naturaleza, llamadas ciencias exactas. Se impusieron en la investigación literaria los métodos positivistas con su tendencia monista, su interés genético, el carácter anti-metafísico y la categoría fundamental de la causalidad, introduciéndose en el análisis literario todo el tratamiento característico de las ciencias naturales, a saber: la descripción, la analogía, la inducción, el modo de inferir, de lo conocido a lo desconocido, la rigidez valorativa y finalmente la necesidad de la verificación que, en la opinión severa de los neo-positivistas, excluye todo momento subjetivo, admitiendo únicamente lo escuetamente fáctico respecto de la vida y de la obra de un autor, indagándose los elementos de la estructura formal me

diante procedimientos estadísticos y estructurales.

Vale tan sólo lo verificable, lo que es posible controlar objetivamente, siendo ilícita toda afirmación que trascienda los hechos ofrecidos por el mismo texto, toda interpretación basada en la interrelación biografía-obra. En esta forma extrema, como cabe observar fácilmente, el positivismo ha refutado uno de sus propios principios iniciales, según el cual la obra del autor se explica en y mediante su vida y viceversa.

Se debe, en gran medida, a Guillermo **Dilthey** (1833 - 1911) el que, por lo menos en Alemania, a partir del comienzo del siglo las ciencias del espíritu se hayan liberado poco a poco de pesadas e infecundas ataduras positivistas. A base del criterio divisorio del 'espíritu' - concepto en realidad sumamente complejo-los filósofos Rickert (1863-1936) de la Escuela de Heildelberg y, sobre todo, Eduardo Spranger (1882-1963) se empeñaron en fundamentar, contra el monismo científico del positivismo, la distinción entre ciencias naturales y ciencias del espíritu. Dentro de esa corriente, Dilthey seguía las tendencias de su propia formación (partió del idealismo y del romanticismo alemán) buscando senderos y métodos adecuados para ofrecer a la investigación de cualesquiera manifestaciones culturales una orientación autónoma inconfundible. En Herder y en Federico Schlegel (1772 - 1829) encontraba predecesores que le sugirieron una rica veta que debía ser explorada, la historia del espíritu. Todo ser humano, argumenta Dilthey, es un portador más o menos consciente de un legado espiritual. Para descifrarlo, la Psicología descriptiva, ciertamente, no se muestra suficiente. Hace falta una hermenéutica, cuyo instrumento es la comprensión intuitiva , por medio de la cual es posible captar las riquezas del mundo del espíritu, sus objetos y esencias. Si el positivismo procedía en forma analítica, la investigación diltheyana quería abarcar un contexto en su totalidad.

La meta que el estudio literario debe proponerse en este sentido es la visión del conjunto, la síntesis de todas las manifestaciones espirituales que convergen en una obra. Dentro de dicho conjunto, cada detalle es significativo respecto del todo, cada parte es referida a la perspectiva total. Lo irracional también tiene derecho a ser investigado, ya que la vida humana misma está condicionada por fuerzas irracionales, porque el hombre dispone no solamente de facultades racionales, sino también de elementos que escapan al control de la inteligencia. Es la intuición la que se compromete a encontrar la raigambre que hace posible una creación artística. El así llamado 'círculo diltheyano' determina que la totalidad no puede ser entendida sin las partes como tampoco las partes son comprensibles sin conocerse la entidad total de una obra de arte. Los resultados de síntesis y análisis son funcionalmente interdependientes. Es preciso descubrir en cada obra su microhorizonte y carácter individual, a fin de integrarlo en el horizonte universal del devenir humano.

A partir de Dilthey - hasta donde ha irradiado su influencia - se observa cómo, en forma casi ininterrumpida, siguen el diálogo y compromiso de las ciencias literarias con las corrientes filosóficas, enlazándose cada vez impulsos nuevos con movimientos de reacción a los mismos. Tenemos así, en sucesión rápida, tras las influencias de la escuela de Dilthey, métodos que se inspiran en la enomenología los que alternan a su vez con los que parten de las ideas del existencialismo prestando éstas motivos a la investigación literaria. Un método morfológico se apoya en pensamientos de Goethe combinados con ideas de la psicología de la Gestalt. Y prevalece, últimamente, el así llamado método sociológico en sus dos versiones: la marxista y la no-marxista.

Adonde no había llegado el ideario diltheyano o no fue tomado en cuenta especialmente, como por ejem-

plo en Francia, el positivismo literario quedaba vigente, por lo menos en esferas oficiales, hasta casi la mitad de nuestro siglo. Fue allí precisamente donde el método estructuralista, tan impugnado como defendido apasionadamente, fue introducido a los estudios y la crítica literaria por Roland Barthès, con el efecto de ser vigorosamente combatidos, por fin, los métodos tan estériles como fatigantes del positivismo.

Por lo visto, la historia de las ciencias literarias, desde la época de su emancipación de la filología, muestra una evolución caracterizada por otras dependencias, sobre todo, en lo que se refiere a los principios metodológicos que regían crítica e investigación no tanto sobre el terreno de la expresión poética y literaria misma, sino que fueron traídos desde afuera, de acuerdo a las ideologías reinantes en cada época.

El mencionado crítico francés de la literatura, Roland Barthès, respondiendo a una encuesta en 1961, ofreció con trazos más bien casuales una imagen de cómo habría de pensarse una historia de la literatura purgada de influencias exógenas. Lo citamos con algunos cortes de pasajes no pertinentes al presente contexto: "De hecho, la historia de la literatura como sistema global significante nunca ha sido llevado a cabo; durante mucho tiempo se ha hecho la historia de los g é n e r o s...y esta historia es la que aún prevalece en los manuales escolares y, más estrictamente todavía, en nuestras síntesis de literatura contemporánea; más adelante, bajo la influencia ya de Taine, ya de Marx, se emprendió aquí y allá una historia de los s i g n i f i c a d o s literarios;...pero a mi entender la explicación es incompleta, en la medida en que la vinculación misma, es decir, en resumidas cuentas, la significación, no es pensada: entre los términos, uno histórico y otro literario, se postula una relación a n a l ó g i c a..., de modo que la s i g n i f i c a c i ó n... sigue siendo, a mi entender,

un determinismo disfrazado.

Lo que sería preciso hacer(sin duda, es fácil decirlo) es no hacer la historia de los significados literarios, sino la historia de las significaciones, es decir, en resumen, la historia de la técnicas semánticas gracias a las cuales la literatura impone un sentido... a lo que dice..." (Roland Barthès, Ensayos críticos ,versión española,1967; pasaje entresacado de La literatura hoy , p. 189/99).

Justifícase la extensa cita porque estas palabras de Roland Barthès, sin quererlo, nos remiten a la tarea más importante que en todo tiempo de su existir ha tenido la disciplina filológica. De esta suerte se puede apreciar todo el mal que se debe a la disociación entre ciencias literarias y filológicas. Quizá nadie la lamentaba más que el gran romanista E.R. Curtius. En su ejemplar estudio de la Literatura europea y edad media latina , (publicado en Alemania,en 1948 - versión española del FCE,1955, tomo I, p.34/35), al distanciarse primero de cierta forma de historia literaria (la misma que combate el estructuralista francés), quiere decir, del método que relata y enumera", dejando sólo "hechos catalogados", mientras que "deja la materia intacta", exige que "La consideración histórica ...debe esclarecer esa materia, debe penetrarla; debe también crear métodos analíticos, esto es, métodos que 'disuelvan' la materia (como disuelve la química sus reactivos) y poner de manifiesto sus estructuras. Los puntos de vista que guíen esta labor sólo se podrán obtener de un examen comparativo de las literaturas,es decir, sólo podrán hallarse de modo empírico. Sólo una ciencia de la literatura que proceda histórica y filológicamente podrá estar a la altura de su tarea."

Aparte del valor de una enérgica defensa de los derechos de la filología que encierran estas palabras,resulta interesante la imagen de una actividad química que

E. R. Curtius atribuye a la labor filológica, segura de su oficio; resulta tanto más curiosa esta comparación cuanto que R. Barthès agrega al pasaje arriba citado, con humor típicamente galo, que habría que tener el valor de penetrar en la cocina del sentido." Uno y otro parangón, por elocuentes que parezcan, callan, en verdad, el tertium comparationis referente a la tarea específica de la filología. ¿Cuál es? y ¿cuál el servicio insustituible que habría de prestar la filología entre las ciencias lingüísticas y las ciencias literarias? .

5.0.0. Al igual que el químico, quien a través del arreglo de sus experimentos mezcla, con premeditación y sutileza, selectos elementos cuantificados para liberar en sus probetas de ensayo, elementos que antes estaban no presentes; al igual que el experto gastrónomo, quien, obediente a sus recetas y aún más al dictamen de su intuición, prepara manjares cuyo aroma y sabor revelan algo más que la mera síntesis de los componentes culinarios, de la misma manera el análisis filológico requiere cierto arte que, puesto en juego por quien domina el manejo de la técnica, despierta a la vida del espíritu secuencias de letras que en sí son intemporales y - digámoslo - muertas. Todo signo codificado vive sólo dentro o, más bien, en virtud de la totalidad de un mensaje; y todo mensaje, a su vez, posee antecedentes y su por qué de existir.

Entre semiología y semántica, lingüística y teoría literaria, la filología está destinada a vivificar la totalidad del mensaje, cualquiera que sea, comprometiéndose a devolver, en primer lugar, el sentido entero de lo expresado mediante fonemas, morfemas, semantemas, sintagmemas; en restituir, después, el contexto -si fuera preciso, por medio del concurso de todas las demás disciplinas - a su realidad material precisa y a su determinada situación histórico-psicológica; con lo que, en tercer lugar, se está tendiendo el puente en-

tre quien emitió el mensaje y el que lo está recibiendo, el lector.

He aquí tres tareas que circunscriben la esencia humanísima de la disciplina filológica. Ello sólo dejará de interesar, presumiblemente, cuando el hombre, trasmutado en un ser instrumental, que confía únicamente en la precisión y potencia creadora de sus máquinas, ya no viva sino en calidad de codificador y receptor, habiéndose olvidado de que alguna vez fue capaz de pensar y sentir por su propia cuenta.

GARY J. PARKER

Esta breve discusión debiera dirigirse a las tres preguntas: ¿En el presente, hay un método propio de la filología? ¿hay un objeto de estudio específico y propio de la filología? y ¿cuáles son los deslindes entre literatura, filología y lingüística? No veo la posibilidad de contestar a estas preguntas una por una, y prefiero no entrar en cuestiones metodológicas; más bien limitaré mis comentarios al problema más básico, el de definir estos campos. Espero que los prejuicios de un lingüista educado en los Estados Unidos no impartan a la discusión una semblanza de juicio desfavorable a la filología y a los estudios literarios.

Si reconocemos la existencia de problemas de definición, nos puede ser útil empezar con un examen de lo que dicen los diccionarios. Dejemos de lado, por el momento, la definición de la "literatura" porque no es problemática, aunque más adelante veremos que puede ser difícil decidir cuánto de la "literatura" encaja dentro de la "filología". El Diccionario de la Lengua Española (Real Academia Española, 1970) presenta las siguientes definiciones: "Filología. Estudio científico de una lengua y de las manifestaciones del espíritu a que ella sirve de medio de expresión. 2. Particularmente, estudio científico de la parte gramatical y lexicográfica de una lengua" (pág. 619). "Lingüística. Ciencia del lenguaje. 2 Estudio comparativo y filosófico de las lenguas" (pág. 808).

El Webster's Third New International Dictionary (1961) entra en más detalles. Las definiciones originales van acompañadas de mis traducciones al español. "Philology. 1: study of literature that includes or may include grammar, criticism, literary history, language history, systems of writing, and anything else that is relevant to literature or to language as used in literature: literary or classical learning. 2a: linguistics; esp.: historical and comparative linguistics; b: the study of human speech esp. as the vehicle of literature and as a field of study that sheds light on cultural history" (pág. 1698). Traducción: Estudio de la literatura que incluye o puede incluir gramática, crítica, historia literaria, historia de idiomas, sistemas de escritura, y cualquier otro tema pertinente a la literatura o al lenguaje tal como se usa en la literatura: aprendizaje literario o clásico. 2a: lingüística esp: histórica y comparativa; b: estudio del lenguaje humano esp. como vehículo de la literatura y como campo de estudio que aclara la historia cultural. "Linguistics. The study of human speech in its various aspects (as the units, nature, structure, and modification of language, languages, or a language including esp. such factors as phonetics, phonology, morphology, accent, syntax, semantics, general or philosophical grammar, and the relation between writing and speech)-- also called linguistic science, science of language; compare PHILOLOGY" (pág. 1317). Traducción: Estudio del lenguaje humano en sus varios aspectos (como las unidades, la naturaleza, la estructura y la modificación de idiomas o de un idioma, incluyendo factores tales como la fonética, la fonología, la morfología, el acento, la sintaxis, la semántica, la gramática general o filosófica y la relación entre la escritura y el habla)-- también llamada ciencia lingüística, ciencia del lenguaje; compárese FILOLOGIA.

Las definiciones del Diccionario no nos ofrecen ninguna distinción clara. Es posible una interpretación

según la cual la "filología" se ocupa de las lenguas específicas mientras la "lingüística" se ocupa del lenguaje en general, pero es dudoso que tal distinción haya sido la intención de los autores. La mayor parte de los lingüistas trabajan más con idiomas específicos que con la teoría general del lenguaje. Las definicones del Webster's son mucho más informativas. La "filología" incluye a cualquier tema que tiene que ver con la literatura y además a la lingüística histórica y comparativa. La "lingüística se refiere a cualquier tipo de estudio de lenguas y del lenguaje que no sea necesariamente pertinente a la literatura. Estas definiciones son más o menos tradicionales; admiten una considerable superposición en el uso de los términos, y nos hacen recordar que la primera etapa de la lingüística moderna, la del siglo XIX, era casi exclusivamente histórica y comparativa.

Como nuestro propósito es buscar deslindes-evitar la superposición terminológica- nos será indispensable comenzar con el reconocimiento de una distinción,que falta en los diccionarios, entre dos orientaciones básicas en los estudios de los fenómenos culturales. Las CIENCIAS SOCIALES son relativamente nuevas y emplean o tratan de emplear la misma metodología que las ciencias naturales o físicas. Las HUMANIDADES, que se ocupan de los estudios históricos o interpretativos de la literatura y las demás artes, no demandan la restricción del método científico. En mi opinión,esta división está basada más en la diferencia entre los objetos de estudio que en una diferencia entre dos modos de analizar, pero el examen de esta cuestión nos podría llevar algo lejos del tema central de la discusión. Aún aceptando la división entre las ciencias sociales y las humanidades, sin embargo, tenemos que notar un problema serio: nunca ha quedado en claro si la historia pertenece a las ciencias sociales o a las humanidades.

Ahora, podemos aislar una definición de la lin

güística. Como ya existe una "lingüística" como campo de estudio bien definido en las universidades de muchos países de Norteamérica, Europa, Asia y Australia y que se está extendiendo a otros países del mundo, nos conviene a todos reconocer y aceptar la definición que ya existe. Es una ciencia social que incluye los estudios descriptivos e históricos de las lenguas, los estudios comparativos de las familias lingüísticas y la teoría general del lenguaje. Una definición en términos de metodología sería poco factible en la actualidad, pues dentro del campo hay un bien conocido desacuerdo; y además de los argumentos entre los estructuralistas y los transformacionalistas (o "generativistas") ha aparecido recientemente un movimiento que piensa trascender esos argumentos, descartando la antinomia de Ferdinand de Saussure entre diacronía y sincronía, y estudiando las relaciones entre la variación lingüística y los factores sociales no-lingüísticos. De todos modos, ya no se gana nada con llamar "filología" a la lingüística histórica y comparativa.

Para definir la "filología" tenemos que examinar su relación con la literatura. Si dejamos el estudio histórico de la literatura como parte de la "filología" tenemos una definición tradicional todavía, pero no evitamos la superposición de términos. De otro lado, si aislamos el estudio literario -tanto diacrónico como sincrónico- como campo especial de las humanidades, nos quedamos con una definición muy restringida de la filología. En este caso la " filología " incluye solamente las operaciones de decodificación: paleografía, epigrafía, grafémica, criptografía, crítica y autentificación de textos. Estos tipos de estudios son muy importantes para nuestro conocimiento histórico de las lenguas literarias, y sus resultados son de interés tanto para el lingüista como para el especialista en la historia de la literatura.

I N D I C E

Introducción

Enrique Ballón Aguirre 1

Rodolfo Cerrón-Palomino 3

Antonio Cornejo Polar 6

André-Marcel D'Ans 8

Washington Delgado..... 12

Gred Ibscher Roth 14

Gary J. Parker 57